

Hoy no quiero matar a nadie

BORIS QUERCIA



13

Hace frío, son las seis veintitrés de la mañana, es recién martes y Santiago Quiñones no tiene ganas de matar a nadie. El problema es que es policía. Y está a punto de enfrentarse a una banda de maleantes peligrosos pero inexpertos que hacen todo mal.

El tiroteo es el inicio de una serie de peripecias en que el protagonista nos llevará por las calles del centro de Santiago tras una mujer tan seductora que lo enredará en una oscura estafa. El relato policial se adentra cada vez más en los bajos fondos de la ciudad, allí donde la fuerza de los hechos es incontestable y se desbarata cualquier sueño posible. La atracción hacia las mujeres y el sexo en el corazón del relato conducirán al lector por caminos insospechados y extrañamente tragicómicos.

La serie Santiago Quiñones.

Por las calles del centro de la ciudad de Santiago de Chile van los pasos de Santiago Quiñones. Un policía demasiado sensible para el trabajo sucio que le toca hacer. Más cerca a veces de los delincuentes que de sus compañeros de armas, Santiago no discrimina. Sabe que a uno y otro lado existen los mismos peligros, y que nadie está libre de caer en la gran moledora de carne que es el mundo. Apurado muchas veces por la coca, Santiago se equivoca más que lo que acierta y no puede evitar ponerse del lado de los más débiles, aunque esto signifique burlar las leyes. Su novia Marina intenta sostenerlo y salvar una relación que naufraga constantemente, pero Santiago es un policía que va cayendo por la vida, sin acabar nunca de estrellarse. No es un buen hombre, tampoco tan malo, solo que quizás nunca dejó de ser ese niño callado y algo triste que aún no termina de comprender del todo cómo funciona este intrincado mundo nuestro.

Boris Quercia

Hoy no quiero matar a nadie

Un caso del detective Santiago Quiñones



Título original: *Santiago Quiñones, tira*
Boris Quercia, 2010

Revisión: 1.0
03/02/2021

Para Josep Forment, siempre con nosotros

La vida es una caída horizontal.

JEAN COCTEAU

1

Hace frío, son las seis veintitrés de la mañana, es recién martes y no tengo ganas de matar a nadie. Qué tontera más grande. Estoy de guata en la vereda, miro por debajo de un Fiat Fiorino, solo les veo los pies. A mi espalda hay un pasaje estrecho que cruza toda la manzana y llega hasta la otra calle. La idea es que ninguno de los Guateros se escape por ahí. Así se llaman. Los Guateros. Los seguimos hace cinco meses, nos sabemos de memoria sus caras, sus voces, sus chistes repetidos de cuando hablan por teléfono. Se descolgaron de una banda mayor, los Melacomo, pero los Guateros no saben cuidarse, hacen todo mal y hoy les toca. A ellos y a nosotros. Cuando se trabaja con estas bandas de poca experiencia es más peligroso. Los que saben hacerla, se entregan de inmediato. Tienen abogados eficientes, dinero con el que comprar a actuaros, infiltrados entre los gendarmes. Y en el peor de los casos, van a pasar un tiempo en la cárcel sin tanta incomodidad. En cambio, los que intentan armar su primer negocio son pura adrenalina y ganas de disparar. Y yo hoy no quiero matar a nadie. Sería más fácil si estuviera en la panadería, pero el jefe puso ahí a García. La panadería de la esquina tiene un segundo piso donde están los hornos y la amasandería. Desde ahí se controla el sector. Si los Guateros tuvieran más experiencia trabajarían desde la esquina y no aquí, a mitad de cuadra. Ellos no saben, pero están acorralados. Son las seis treinta y cuatro, y comienza a clarear. El camión está atrasado. Yo estoy entumecido. Tengo las manos a la misma temperatura que la pistola: heladas. Ya se van a calentar con el primer balazo. Voy a tratar de darle en una pierna, quizás se caiga y suelte el arma. No tengo ganas de matar a nadie, hoy no. Escucho el camión. En la panadería se prende la luz de la ventana pequeña del baño, es la señal para nosotros. El guardia que fuma en la puerta también escucha el camión, tira el cigarro a la calle y entra con los demás monos de la banda. Por un momento no pasa nada. La colilla del cigarro humea a unos dos metros de mí en medio de la calle, me quedo mirando el humo que forma una figura rara y azul en el aire. Pongo mi dedo en el gatillo, lo saco. Por último, que sea en un hombro; le voy a dar en el hombro del lado en que lleve el arma. Si le doy en la pierna, puede que me dispare desde el suelo. Lo malo es que el hombro está cerca de la cabeza, cerca de los pulmones, cerca del corazón, y uno tiene que cargar la puntería hacia el centro del cuerpo, lo que aumenta el riesgo. Qué pocas ganas tengo de matar a alguien hoy. Lo que sí tengo son unas ganas terribles de mear, siempre es así cuando estoy esperando que comience algo, me pasaba de niño, en Valparaíso, antes de los fuegos artificiales. Muevo las piernas, las hago tiritar y aprieto por dentro para no mearme. El camión dobla la esquina. Ya

estamos, ahora sí, pongo el dedo en el gatillo. Un cuarto para las siete. Marina debe de estar despertándose en este mismo instante. Cuando se queda en mi departamento, se levanta a esta hora. Estoy viendo su cara somnolienta, se incorpora y se sienta en la cama, permanece un buen rato así, a mitad de camino entre el sueño y el día laboral. La veo ahí sentada, bostezando antes de prender la luz; tiene puesta una polera que le presté con el logo grande en la espalda de la Policía de Investigaciones de Chile, la PDI, y sus calzones diminutos, diminutos y transparentes que dejan ver su pubis, sus vellos depilados en una pequeña línea. Antes de que Marina se meta en la ducha esto habrá terminado. Los Guateros comienzan a salir de la casa. Yo me arrastro debajo de la Fiorino para poder ver algo más. Hay uno que lleva un arma larga, alcanzo a distinguir el cañón que le llega más abajo de la rodilla. El camión se estaciona. La rueda trasera pisa la colilla y disipa el humo. Salgo con cuidado de debajo del Fiat, me acuclillo. Frente a mí veo el largo pasaje, si alguno intenta arrancar por ahí lo tengo listo. Escucho el portalón trasero del camión que se abre y las voces familiares de los Guateros, con las típicas frases tontas y autosuficientes. Marina tiene que haber prendido la luz, se habrá puesto de pie, entonces se estira, levanta los brazos y se le sube la polera, dejándome ver su traste bien formado. Luego se saca la polera, la tira sobre mi cama y se va al baño. ¿Qué hago con esta erección? Comienzan a bajar las cajas. Yo no veo nada, solo escucho, ahora. «¡Ahora!». Empezamos, y cada vez tengo menos ganas de matar a nadie. Un auto de los nuestros a cada lado cierra la calle. Comienzan los disparos. Nosotros respondemos rápido. Desde la panadería, García apunta un fusil con mira telescópica y tiene que dar en más de un blanco. García es bueno y siempre está dispuesto a disparar, no como yo. Si por mí fuera, no descargaría un tiro más en mi vida. No sé si estoy cansado, no sé si esto pasa con los años, no sé. El del arma larga devuelve los disparos como malo de la cabeza. Desde donde estoy veo que García tiene que cambiar de posición porque su puesto de francotirador es descubierto. Aquí va a correr sangre. Una granada de gas acaba de caer dentro del camión, comienza la estampida, uno de los Guateros escapa hacia el pasaje. Lo reconozco de inmediato cuando pasa a mi lado, es Baltasar, el más chico. Quince años, tres en la correccional por matar a su padastro a puñaladas. Corro detrás de él. «¡Al suelo!», le grito, como avisándole, para salvarle la vida. Baltasar se gira y dispara en medio de su carrera, sin ninguna puntería. El balazo rompe un vidrio de una ventana que da al pasaje, se escuchan gritos desde dentro de las casas. «¡Al suelo!», grito de nuevo. Baltasar ya va llegando al final del pasaje; si sale, lo pierdo. Pienso en los pies, pero apunto al hombro, disparo. La fuerza del impacto lo hace saltar incluso más rápido de lo que él iba corriendo, como si un caballo le hubiera dado una patada en la espalda. El muchacho cae... Mitad del cuerpo en la vereda, mitad en la calle. Camino lentamente sin dejar de apuntarlo, me giro un poco hacia atrás y veo a mis compañeros esposando a los Guateros en el suelo, ya no se escuchan disparos. Miro hacia adelante y veo que Baltasar no se queja, no se mueve. Cuando me acerco, tomo una de sus zapatillas que quedó casi pegada al suelo mientras su cuerpo salió volando. Es una Nike, aún con olor a nueva. La tomo, está caliente, algo húmeda, me da un poco de asco, como cuando en el metro uno se sienta en un asiento que recién fue ocupado por alguien. El pasaje se llena de murmullos, yo sigo caminando hacia el muchacho. Mi bala le entró por la nuca, tiene el rostro desfigurado. Ni preguntar, está muerto. Marina debe de estar prendiendo la ducha ahora, qué ganas de que mojara todo esto y limpiara esta sangre que comienza a escurrir por el pavimento. Qué pocas ganas tenía hoy de matar, pero ahí está Baltasar.

2

A Marina no le gusta la playa, siempre le hacen el mismo chiste con su nombre. Pero es verdad, le cargan los mariscos, le cargan las olas y encuentra que el sonido del mar es hostigoso. Tampoco le gusta la arena y encuentra el agua demasiado fría. Una vez se subió a un ferri para cruzar a Chiloé y jura que nunca más. Ella nació en Farellones. Su papá era paco y estaba a cargo del retén antiguo. A su mamá le vinieron las contracciones de noche en medio de una tormenta de nieve, ni soñar con bajar a Santiago. Su papá atendió el parto. No sabe por qué le pusieron Marina, se iba a llamar Rocío, pero cuando volvió del registro civil ya se llamaba Marina. No sé por qué pienso en todo esto mientras lleno el formulario, qué tontera más grande, si le hubiera disparado a los pies, no estaría aquí estampando mi firma. García firmó como testigo. Desde donde estaba, no veía nada, pero es buena gente. Después, subir al segundo piso, entregar la constancia, firmar el libro, el timbre, la rúbrica del oficial. «Ya lo va a llamar el juez la próxima semana, o la otra, usted sabe cómo es esto». Los papeles van a parar a un archivador. Y el archivador a una sala llena de archivadores, y en unos años a la basura con miles de archivadores. Eso fue todo, un trámite que no me cambiaba el sabor amargo de la boca, pero por lo menos me dejaba libre de polvo y paja. Bajo y camino. Llego hasta Banderas, me mezclo entre la gente. Pienso que, a diferencia de Marina, a la que no le gusta el mar, a mí sí me gusta Santiago. También siempre me hacen chistes con el nombre. Me pusieron Santiago por mi abuelo Santiago. Era matarife, faenaba animales en el matadero de Talca. No ganaba mucho, pero ahorraba cada peso que caía en sus manos. Logró mandar a su hija a la capital para que estudiara. Mi mamá vivía en una pensión en la calle Bulnes y estudiaba peluquería. Me cambio de vereda y me voy por el sol. Doblo en Huérfanos. Me doy cuenta de que hace un rato estoy siguiendo a una joven. Lleva puesta una falda gris bien ceñida a su cuerpo. Se dibujan sus muslos sobre la tela y tiemblan a cada paso, pero solo un poco, demostrando la firmeza de sus carnes. Se detiene en una vitrina, yo sigo de largo, me paro en el quiosco, lo rodeo leyendo los titulares —ya salió el diario de la tarde—, me acomodo para mirarla mejor. Ahora la veo de perfil. Es muy linda. Tiene cogido un mechón de su pelo y se lo pasa suave por los labios en un gesto que parece habitual en ella. Tiene ojos negros, grandes pestañas, una nariz redonda y pequeña que parece una guinda pálida en medio de su cara. Metro setenta, le calculo. Está mirando en la vitrina ropa de cama, almohadas, cosas de una tienda que yo jamás advertiría. La imagino adornando su casa, cambiando las fundas de la almohada, poniendo una planta en el balcón, abriendo las cortinas en la mañana. La imagino riendo mientras

se le forman dos margaritas en las mejillas. Debe de tener veintisiete años, no lleva anillo, raro que si es casada no lo lleve. Suelta el mechón de pelo y comienza a caminar. Pasa cerca de mí y alcanzo a leer en la tarjeta que lleva prendida con un clip a su blusa el nombre de «Ema Marín H.». Nombre antiguo, pienso, la sigo mirando. En la siguiente cuadra entra a las oficinas de Interamericana de Seguros. Allí trabaja, qué manera de quedarle bien el uniforme que a otras les sienta fatal. En ocasiones como estas, me imagino que yo mismo entro al edificio y pido hablar con Ema Marín. Un interrogatorio de rutina. Cualquier excusa para conocerla, saber dónde vive, a qué hora come, dónde estudió cuando niña, cuántos hermanos tiene, ¿están vivos sus padres? Esta obsesión por saber del otro debe de ser eso que suelen llamar «deformación profesional». Cada vez que me encuentro en la calle con una belleza única en una mujer normal, me dan ganas de esto y de más. Pero, en cambio, compro el diario de la tarde. Lo abro en las páginas policiales, ahí está la noticia, cae una banda de traficantes, un muerto y tres heridos en el tiroteo; solo aparecen las iniciales del fallecido, porque es menor de edad: «B. C. B. F.». Pero yo sé que es Baltasar Carlos Bravo Faúndez, y que le di un tiro en la nuca.

3

No me gusta la palabra *rati*, prefiero *tira*. No sé muy bien cuál vino primero. En el coa se acostumbra a invertir las sílabas, como decir *copi* en vez de *pico*, *rati* en vez de *tira*, *cheno* en vez de *noche*, *calu* en vez de *lúca*, *sapa* en vez de *pasa*, arme usted mismo una frase. Ser tira es algo que te tiene que gustar, si no, no duras ni un día. Después, es algo que se aprende, ninguno entra siendo tira. Ni el más tira. Solo adentro con los años te vas convirtiendo en esa otra persona que querías ser. Y una vez que te haces tira, ya no hay caso, ya no hay vuelta atrás. Aunque no dis pares un tiro más y te dediques a cuidar del jardín, vas a seguir siendo tira hasta el final.

Vamos en el Toyota Corolla, rápido. Yo estoy poniendo la baliza azul en el techo. García conduce seguro. Le saca toda la potencia que puede al cacharro. Vamos entrando a Maipú. Nos metemos en una villa de las nuevas, todo está tan ordenado, una casa detrás de la otra, todas iguales. Y en cada una de ellas se repiten los mismos crímenes, las mismas estafas. Cecilia Valenzuela fue ingresada de urgencia hace unos meses en la Posta Central. La convencimos de que denunciara a su marido, cómo no, después de esa paliza. La juez que tomó el caso le prohibió al hombre acercarse a más de un kilómetro de la víctima. No puede ni merodear por el barrio. Hace un rato, Cecilia llamó a García, el tipo había vuelto. La mayoría de las veces esto termina mal. Casi siempre ella muerta, a veces también los hijos. En el mejor de los casos el baboso se suicida. Por eso vamos rápido, a mí me vienen fuerte las ganas de mear. García hace sonar la sirena para asustar al tipo, por si está cerca, como para espantar al lobo. Frenamos brusco. Me bajo, la puerta está cerrada, doy vuelta a la casa. El hombre trata de escapar por la pandereta.

—¡Alto! —le grito.

No me hace el menor caso, se asusta y vuelve a entrar a la casa. Voy detrás de él, salto sobre un sillón y lo agarro por la espalda cuando iba en el primer peldaño de la escalera. Me da un codazo, me duele, pero sobre todo me da rabia. Se me suelta, intenta salir de nuevo, pero García está ahora en la puerta del patio. Quiere ir a la cocina, pero logro agarrarlo antes y me lanza un combo a la cara, casi, casi. Con esto se coció, agresión de obra a la fuerza policial. Le tomo el puño, lo giro, se va de hocico hacia la mesa. Le doblo el brazo con fuerza, grita y se queda quieto. Con mi otra mano le golpeo la cabeza contra la mesa desparramando cuadernos y lápices que hay sobre ella, pienso unos segundos en el niño que hace unos momentos debió de estar aquí haciendo las tareas. Aunque el hombre se queda quieto, le tuerzo el brazo un poco más de lo debido, lo necesario para luxarle algo, desgarrarle los tendones del hombro, ojalá quebrarle la clavícula,

aunque es grueso como un toro. Chilla. Se lo dejo a García, que lo tira al suelo, le pone una rodilla en la espalda y lo esposa. Ahora veo a la mujer. Está tirada en la alfombra del *living*, medio sentada en uno de los sillones de cuerina beis. Tiene quebrada la nariz, por lo que se ve, sangra y llora sin parar, e indica hacia la cocina. En la puerta de la cocina hay una niña, la de las tareas. Tiene en su mano un compás empuñado. Mira todo, parece estar tranquila, parece no tener miedo, pero da miedo mirarla así de tranquila con el compás puntudo empuñado en su mano. Pienso en Baltasar apuñalando a su padrastro, veinticinco veces. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince y diez más, son muchas. No quedó parte del cuerpo sin recibir una descarga. Así debió de haberlo visto, como esta niña, sin miedo, solo con odio acumulado. Me retiro, llamo y pido una ambulancia. La gente comienza a salir de sus casas y a agolparse en la reja del antejardín. ¿Dónde estaban cuando escuchaban los gritos de la mujer? Me abro paso y camino hasta el primer boliche que encuentro. Compro una cajetilla de cigarros, unos fósforos y vuelvo a fumar después de cinco años. Estoy dando mi primera fumada y me mareo, siento un poco de náuseas, pero continúo con la segunda y así termino todo el cigarro.

—¿Volviste? —me pregunta García cuando prendo mi segundo cigarro en el auto.

—No, García, no volví, me estoy yendo definitivamente —respondo.

Pero García no entendió lo que quería decirle, y la verdad es que yo no estoy entendiendo mucho tampoco. Tendría que hablar con un tira viejo, quizás estas cosas pasan. A fin de cuentas, soy un tira y nunca podré ser otra cosa que eso. Un tira.

4

Marina trabaja en el Hospital Salvador, es enfermera. Le cambian los turnos todo el tiempo. Nos conocimos en el hospital. Yo llegué herido. Un vidrio me cortó la pierna. Fue cuando los estudiantes de la Universidad de Humanismo Cristiano —me da risa el nombre— atacaron el cuartel de la calle Condell. Había ido a recabar unos antecedentes de unos colegas, ni siquiera pertenezco a ese cuartel. Una piedra rompió un ventanal enorme, y yo estaba subiendo la escalera. Tiene una linda escalinata de mármol ese cuartel, con mucha luz. Me cayó una lluvia de vidrios. Me tapé la cabeza con las manos. Pensé que no me había pasado nada, y seguí subiendo cuando sentí el zapato empapado, me chapoteaba el calcetín. Tenía una lonja menos de pierna. Pobres cabros, los de la Universidad de Humanismo Cristiano, no me dan ni rabia. Me dan pena, no saben lo que es la vida. Marina me limpiaba con cuidado. Con una pinza sacaba una a una las astillas de la herida. Me habían puesto cinco inyecciones de anestesia, tenía la pierna dormida totalmente y la miraba como si no fuera parte de mi cuerpo, por lo menos eso me dijo Marina. Estaba asombrada de mi aguante, me contó que los hombres son los pacientes más cobardes, apenas ven un poco de sangre se desmayan, no como las mujeres. Yo le dije que era tira, ella me dijo que sabía, que su papá fue paco. La encontré medio flaca, pero me gustó al tiro, en especial sus dientes. Los tiene todos chuecos. Ahora las pergenias se ponen frenillos, andan todas iguales con los dientes ordenadlos, uno al lado del otro. Los dientes chuecos tienen más personalidad, son de verdad. Me gustan muchas mujeres, pero las que más me gustan casi siempre tienen los dientes chuecos. Eso dice de ellas que no se criaron en cuna de oro. Que son mujeres más leales, más de la casa, buenas para cocinar, saben más de la vida que un curso entero de la universidad o de la Academia de Humanismo Cristiano, qué tontera el nombre. No volví a ver a Marina hasta un tiempo después. Nos encontramos en la calle, yo la vi venir desde lejos, aunque no sabía que era ella. Lo que pasa es que venía a contraluz y el sol traspasaba su vestido. Era como ver un escáner de ella. Se dibujaba su silueta perfecta. «Muy linda la tonta esa», me dije mientras se acercaba. Después pude ver su cara y me puse nervioso, porque ella tampoco dejaba de mirarme, aunque no la notaba disgustada, al contrario, me sonreía y miraba directo a los ojos. Cuando llegó junto a mí y me habló, yo todavía no caía en la cuenta de quién era. Marina me dijo que siempre le pasaba lo mismo, que uno nunca reconoce a una enfermera sin uniforme. Ahí me cayó la teja, Marina era la enfermera. Es que con uniforme se veía más flaca, en cambio así, era otra cosa. «Mi pierna está mejor», le dije. La invité a almorzar. Nos fuimos al centro, ella se pidió un pastel de choclo con

ensalada chilena, yo primero un caldito de gallo, y después una plateada con arroz. De postre comió papaya con crema, yo me tomé un café no más, y los dos nos servimos el bajativo de la casa. Después del Bar Nacional nos fuimos al cine Hoyts del paseo Huérfanos. Era buena la película, sin balazos, no me gustan las de pura acción. Prefiero las de acción psicológica, como algunas de Clint Eastwood, ese es mi actor preferido, de lejos. No recuerdo bien el nombre de la película, es raro, porque tengo una memoria privilegiada para los nombres y las direcciones, pero más para los nombres de persona que para los nombres de películas o libros. Me puedo acordar por años del nombre de una persona aunque me lo hayan dicho una vez no más. Por ejemplo, Ema Marín H., veintisiete, veintiocho años, un metro sesenta y ocho, setenta, trabaja en la Interamericana de Seguros, sucursal Huérfanos, cerca de Bandera, soltera. Sale a las dieciocho horas treinta y siete minutos del trabajo, camina tranquila por Huérfanos en dirección Oriente... Eso lo sé porque la estoy siguiendo. Continúa por Huérfanos y, pasado Mac-Iver, se detiene frente a la vitrina de un *sex shop*. Yo cruzo y entro a un Big John. Desde ahí la vigilo. ¿Quién es esta chica que vitrinea sábanas y *sex shops*? Sigue de largo, puede ser solo curiosidad. Llegando al cerro Santa Lucía, dobla hacia el norte. Camina lento hasta el Parque Forestal y de ahí hasta Plaza Italia, donde entra al metro Baquedano. No sé por qué no tomó el metro en la estación Bellas Artes. Se ve que no está apurada, que quiere pasear, que no tiene hijos que atender en la casa, que no tiene un novio que la espera a la salida del trabajo. Solo un tira, que la sigue a prudente distancia y que ahora la ve desaparecer con todos los trabajadores de la ciudad en el hoyo del metro. Saco un Pall Malí y lo enciendo. Antes, cuando fumaba, prefería Belmont. Pero siento que han cambiado. Ahora compro diferentes marcas hasta ver cuál me acomoda más, qué tontera haber vuelto a fumar después de cinco años. Ahora sí que no lo dejo más. Me fumo todo el pucho, tranquilo, mirando a la gente. Y ahora entiendo por qué me gusta Ema y por qué la seguí hoy. Ella me contagia esa especie de calma que tiene. La calma de no estar apurado por nada, de poder fumarme este pucho y mirar a los oficinistas entrar al metro. Me siento tan lejos de ellos aquí mirándolos, soy como una cámara de vigilancia, como esas gárgolas de piedra de los edificios antiguos, espiándolos, callado. No los miro con desprecio, más bien con cierta envidia, quisiera a veces tener sus rutinas previsibles. Quizás debería pedir un cambio interno y que me asignen a archivos. Tener mi horario, esperar la jubilación e irme tranquilo a la casa con mi premio. No levantarme nunca más con esta sensación pesada de saber que hoy tienes trabajo, pero no tienes ganas de matar a nadie. Casi enciendo otro pucho, pero camino, cruzo Vicuña Mackenna hacia la Fuente Alemana. Llego a tiempo, antes de que la multitud que sale de sus trabajos ocupo todos los puestos en la barra. Me ubico en una esquina, y pido un lomito completo y un shop. En ese mismo instante siento una voz conocida y una mano pesada que se posa en mi espalda.

—¡Quiñones!

Es Riquelme, no lo veo desde hace años. Para ser más preciso, desde que lo dieron de baja por filtrar información a unos narcos. Riquelme no era el único involucrado, pero se calló la boca y aguantó la vergüenza. Se fue solito para la casa sin llevarse a ningún jefe, no sé si lo habrán amenazado o solo era una muestra de lealtad. A mí me tocó trabajar varias veces con él, codo a codo. Más de una vivimos que no quiero recordar ahora. Era bueno para pichicatearse y varias veces se quedó con parte de los decomisos. Yo hacía la vista gorda, a mí no me interesa esa mierda y Riquelme, a pesar de todo, era un colega derecho. Siempre de buen humor y bien dispuesto.

—¿Qué pasó, Quiñones?, estái más viejo, huevón.

Yo le respondo que se ve igual que cuando lo jubilaron, no por cumplir; de verdad, Riquelme está igual.

—Es que a cierta edad uno no envejece más —me dice, y le encuentro razón—. Tengo una verdulería, no sabís lo bien que me va...

Nunca pensé que vender verduras fuera un gran negocio, pero a Riquelme parece que le ha resultado. Anda con buena ropa. Eso se nota en los zapatos, italianos o ingleses, no los venden en cualquier parte. Como es medio reggaetonero, también carga su cadena de oro al cuello y un reloj que calculo no baja de los trescientos cincuenta mil pesos. Nos reímos un rato, comemos bien y nos tomamos un par de shops. No me deja pagar.

—Vamos al barcito del abogado —me dice.

Le decíamos el barcito del abogado, porque nos citaba ahí Alejandro Albano, un abogado que nos aconsejó en una historia que no viene al caso, o más bien que no me gusta contar. Albano hacía clases en la escuela de Derecho de la Universidad de Chile. La escuela le quedaba cerca y le gustaban las fricas y el shop negro, mataba dos pájaros de un tiro cada vez que nos juntábamos.

Con Riquelme tenemos suerte y conseguimos lugar a un extremo de la barra. Nos pedimos dos piscólas. Riquelme, que en el fondo sigue siendo tira, me pregunta de sopetón:

—¿Pasa algo malo, Quiñones?

Me tomo otro trago antes de responderle.

—Maté a un pendejo el otro día. Un pendejo. Quince años.

Riquelme me mira sin perturbarse, sin darle importancia a un hecho que al final, de verdad, no tiene importancia. Mi celular se pone a vibrar sobre el mesón. Es Marina:

—Me cambiaron el turno.

Quiere que nos veamos. Le digo que estoy con un amigo, que si quiere se viene al bar. A ella le da lata, le dan lata mis amigos, me pregunta si es tira también, más lata le da entonces; quizás va a salir con unas amigas, que la llame, pero no si estoy curado. Cortamos. Empino otro trago.

—¿Una amiguita? —se ríe socarrón Riquelme.

—Sí —le digo sin ganas de hablar mucho sobre eso.

—Lo del pendejo lo leí en el diario... Qué más da, o lo matabas tú o lo mataban los de la otra banda o lo mataba la pasta. Ese nació muerto, tendrían que haberlo abortado.

Riquelme es así, no tiene pelos en la lengua, ni falsa piedad. Trabajaba como un carnicero que troza el animal sin pensar en lo que está haciendo.

—¿Por qué la estabas siguiendo? —me dice de repente Riquelme, y me deja helado, tanto que en los primeros segundos no sé a quién se refiere—. A Ema Marín, dime por qué la sigues.

5

Ya lo decía yo, nadie se hace rico con una verdulería. Riquelme trabajaba como investigador privado para una compañía de seguros, en donde más plata se gana. Tenía auto del año —un Ssangyong Actyon—, casa propia y departamento en Concón. Trabajaba la mitad y hasta un tercio de cuando estaba en la PDI. Rara vez pegaba un tiro, la vida le sonreía, jalaba más que nunca. Me ofreció un toque después de la tercera piscóla. La coca era realmente buena y lo sé, porque al contrario de la que está cortada con derivados de anfetaminas, esta no te deja cacho de paragua. Marina me tuvo que pedir que acabara de una vez y me preguntó qué me pasaba que no me iba nunca. Después me dormí sin problemas y a la mañana siguiente no tenía ni rastros de caña. Así y todo, me sentí como la mierda, no me gusta esa porquería y me prometí no volver a echarme nada para adentro en los próximos tres meses. En todo caso, eso no era lo que me hacía sentir peor, lo peor fue tratar de explicarle a Riquelme que yo seguía a Ema solo porque era una mujer bonita.

—Tiene los dientes chuecos —replica Riquelme sin entender, sin creermelo y, sin quererlo, dándome más motivos para que me guste Ema—. Tú no teñí tanto tiempo libre para andar hueveando con esto, dime la verdad, ¿por qué la seguías?

¿Y qué le iba a decir, que seguirla me daba una sensación de paz que yo necesitaba en ese momento? «¡No seas marica!», me hubiera dicho. Yo no tenía explicación y las que tenía, Riquelme no se las tragó. Hasta me convidó a otro saque para ver si se me soltaba la lengua, pero yo no podía ocultarle algo que ni sabía ni entendía. Él, por su parte, tampoco me contó mucho, solo lo mínimo. Una compañía de seguros para la que trabaja —no la Interamericana— no quiere pagarle a Ema un seguro. La verdad es que las compañías de seguros nunca quieren pagar los seguros, podría decirse que toda la publicidad que hacen es engañosa, porque en el momento en que uno los necesita tratan de escapar por cualquier medio de sus obligaciones. Si contrataron a Riquelme para resolver el caso, quiere decir que ya tiraron la esponja con los abogados.

—Es que ella es experta en seguros, sabe todas las triquiñuelas. ¿No ves que es la vendedora estrella de la Interamericana?

Esto último no lo sabía, pero tampoco me sirvió de mucho para despejar mis dudas. Quedamos con Riquelme en que yo no iba a interferir, que el caso era suyo, que yo no comentaría esto con nadie y que le diera muchos saludos a todos los del cuartel. Quizás terminó creyendo que yo era un sicópata que seguía a mujeres solas que salen de su trabajo, pero, total, no era asunto suyo, y mientras no lo molestara, qué más da lo que yo hiciera.

—Eso sí, esta déjamela a mí, cabrito.

Esa última frase es la que me molesta y no me deja tranquilo. Porque yo conozco mucho a Riquelme. Sé que puede inventar algo y que no le importa causar daño con tal de ganar la comisión, y ella..., ella a mí me gusta, tanto como para seguirla. No digo que esté enamorado, pero me gusta. De Marina tampoco creo que esté enamorado, pero creo que Ema me gusta más que Marina. Porque a Marina la conozco, en el sentido bíblico y en el otro. Sé lo que quiere y lo que no le gusta, sé como engañarla y sé qué hacer cuando no quiero verla una semana. Pero ¿esta otra? Nada, está todo por descubrir. ¿Cómo será desvestirla?, ¿cómo tendrá la piel? Y vuelta a las mismas preguntas, a querer averiguarlo todo, pero esta vez intranquilo, porque el bestia de Riquelme se metió entre medio. Y siento lo mismo que el otro día antes de matar a Baltasar: que todo va a terminar mal.

6

Cajones, baúles, carpetas, bolsas, bajamos y bajamos evidencias desde el departamento 32 en pleno barrio de El Golf. Si algo se aprende siendo tira es que delincuentes hay en todas las castas sociales y que el hábito no hace al monje. Ahora sacan del edificio a Agustín Orlando Strennger Paz. Lo llevan esposado con las manos a la espalda, la cabeza gacha, la pera tocándole el pecho. Babea, llora, se le caen los mocos. Viejo cochino, no más.

Seguimos bajando discos duros, CD, DVD, VHS del año del rey perico. Álbumes pegajosos con fotos de hombres violando a niños, a niñas, a guaguas. Las cámaras de televisión se abalanzan encima del auto, a García le cuesta mover la patrulla sin pisar a algún periodista. Cuando el auto se va, se disipa la turba y los periodistas miran con expresión seria la cámara y ofrecen sus despachos. Una periodista se me acerca y me lanza una chorrera de preguntas. Le pido que me disculpe, que no estoy autorizado para responder. Ella insiste, yo sigo en silencio. Es bonita, pero son raras las periodistas. Es como si no estuvieran en el lugar de los hechos. Quizás sea porque siempre les están hablando por los audífonos, pero uno tiene la impresión de que no te están escuchando, que no te están mirando, que no te están entendiendo nada. Aunque sean inteligentes, aunque tengan los dientes corregidos por la ortodoncia. Y me acuerdo de Ema, dale con lo mismo, así me paso todo el tiempo después de mi encuentro con Riquelme, a la menor provocación me acuerdo de ella. Es como si hubiera dejado la tetera encendida en alguna parte de mi cabeza, se va a fundir si no hago algo. Y no es fácil en lo que me estoy metiendo, porque seguir a un tira es el triple de difícil que seguir a cualquier otro cristiano. Ya sé que es una tontera lo que estoy diciendo, porque el otro día Riquelme me siguió sin que yo me diera cuenta. Pero hay que estar de acuerdo en que iba distraído, medio engatusado por la belleza de Ema. Iba justamente siguiéndola para dejar de sentirme tira, para escapar de ser tira, y, más que seguirla, yo vagaba con ella caminando lento por el Forestal, sin ningún apuro, sin nada más importante que hacer, en paz. Por el contrario, Riquelme es bravo, pero no me queda otra que seguirlo para saber si puedo acercarme a Ema. Riquelme es un clásico, espera sentado mientras le lustran los zapatos, su mirada va entre el diario y la puerta de la compañía Interamericana. Yo estoy dentro de una librería ojeando cualquier cosa. Desde mi punto de vista, solo veo a Riquelme y no la puerta por donde a las seis treinta y siete va a salir Ema. ¿Por qué será tan importante para Riquelme seguirla? Debe de haber movimiento en la puerta, porque veo a Riquelme que se pone de pie, dejando al lustrabotas con el trabajo a medio hacer, le lanza un billete y parte tras la presa. Dejo

el libro y parto tras Riquelme. No sé si lo hace por costumbre o si sospecha por lo del otro día, pero Riquelme gira su cabeza cada cierto tiempo vigilando la retaguardia. Estoy a punto de tirarme al suelo para que no me pille. Ema camina rápido, entre que corre y camina, lo que dificulta aún más el asunto. En vez de ir a Baquedano, se va hacia Mapocho y toma la calle Esmeralda. Llevamos a lo menos diez cuadras. Aunque hace frío, comienzo a sudar, me imagino que Riquelme tampoco lo estará pasando nada bien con el esfuerzo; además, ese corazón debe de estar agarrotado por la coca, no me extrañaría que cayera fulminado por un paro. En cambio, Ema va como si volara sobre el pavimento, liviana, parece un cervatillo con su naricita de guinda ahora roja por el frío. Estamos entrando a lo que alguna vez fue el barrio rojo de Santiago. Por más que han tratado de blanquearlo siempre quedan rastros de prostitutas gordas y algún que otro boliche piojoso. Hay una pequeña plaza en la calle Esmeralda donde se disimulan dos discretos hoteles parejeros. Ema entra rápido a uno de esos, Riquelme se deja caer en una silla del café que está en la esquina, yo entro en la botillería de enfrente y le meto monedas al teléfono público. Busco en mi cabeza un número para disimular. Marco. Es el número de Marina. Que para qué la llamo, que está superocupada, que le pusieron turno en la noche...

—Te quiero, Marina. —Un silencio al otro lado de la línea da cuenta de que recibió el golpe.

—Yo también te quiero, ¿quieres que me vaya a tu departamento después del turno?

Le digo que sí, sin pensarlo mucho.

—¿Pasa algo malo, Santiago?

Segunda persona que me pregunta lo mismo esta semana; que no, que está todo bien, que la espero con la cama calentita, besos para allá y para acá. Cuelgo. Pongo una nueva moneda. Busco otro número en mi cabeza, mientras me asomo un poco a espiar a Riquelme. Sigue sentado en el café, resoplando aún. Tiene la mirada fija en la puerta del hotel, pero cada cierto rato lo veo mirar con preocupación a su alrededor. Me veo obligado a salir de su campo visual y meterme otro poco hacia adentro de la botillería. Se me ocurre entonces llamar a Riquelme, busco su número en mi celular, es alguno con ocho tres, aquí está. Marco.

—¿Sí? —No tiene mi número registrado.

—Riquelme, soy Santiago Quiñones, ¿cómo estái?

—Bien, bien, ¿cómo estái tú?

—Aquí, tranquilo, con curiosidad, ¿ya resolviste eso?

—Casi, casi, ¿por qué tanto interés, Quiñones?

—Es que me tiene intrigado.

—Ni te imaginas lo que sé de tu amor platónico. Se va a cocer en la cárcel cuando le caiga encima.

—Y de paso te haces millonario.

—No es malo, ¿no?

—No estarás plantándole evidencia falsa...

—No va a ser necesario. ¡Mierda!

El teléfono se corta de golpe. Pienso que Ema salió del hotel, me asomo para ver la entrada, no pasa nada, busco a Riquelme. Está desparramado en la silla, el cuello hacia atrás, los ojos al cielo, los brazos le cuelgan a los costados, el teléfono en el pavimento, las piernas estiradas, una camarera grita desde dentro del café. Cruzo, llego hasta él, le tomo la cabeza, está exhalando el aire de sus pulmones lentamente, está dando su último suspiro, su camisa tiene tres puntos de

sangre a la altura del pecho.

—Yo no soy malo —dice, y ya no vuelve a respirar. Se muere entre mis manos.

7

Saco el último cigarro y arrugo la cajetilla de LM, «Los Mejores», como me dijo el del quiosco cuando me la vendió. Todavía no me decido por ninguna marca, pero ya estoy fumando más de una cajetilla al día, qué tontera haber vuelto después de tanto tiempo. Meto la cajetilla arrugada en un macetero abandonado de una tumba vieja. Se me acerca García y me pide un pucho.

—Se me acabaron.

García rechaza una piteada y vuelve su vista al cura, que dice las últimas frases de consuelo para la viuda y los hijos de Riquelme. Después, entre varios colegas levantan el cajón y lo meten en un nicho que Riquelme tenía comprado con anticipación en uno de los pasillos del Cementerio General. Como fue separado de la institución no tenía derecho de estar en el panteón de la PDI. «Yo no soy malo», me dijo, y ahora que veo a sus hijos y a su mujer desconsolados, llorándolo a moco tendido, pienso en el otro Riquelme, en el padre cariñoso, el marido tierno, la parrillada del domingo al lado de la piscinita inflable.

—Tiene que haber sido el Culeco —sentencia García.

El Culeco era un *dealer* de la vega al que Riquelme protegió alguna vez a cambio de mercancía, pero que a la hora de los quiubos traicionó para acogerse al beneficio de ser delator y salvarse de la condena. Pero a mí no me calza. Este no era un burdo ajuste de cuentas, aquí trabajó un profesional. Alguien que hizo escuela en la cárcel. La autopsia dice que a Riquelme le perforaron el corazón con algún elemento punzante. El orificio de entrada es muy pequeño. Fueron tres estocadas. Tiene que haber sido con un «milín». Un milín es un estoque muy fino hecho de un rayo de bicicleta al cual se le saca punta y filo. Es un arma que se oculta fácil en la costura de una chaqueta o un pantalón. Hay que ser muy rápido y preciso para usarla, no es un arma para drogados ni borrachos, es de un sicario profesional, uno malo que mata por oficio, que sabe meterse entre las costillas, traspasar los pulmones y romper el corazón. No tiene que haber tardado más de cinco segundos en la operación completa. El tiempo que me demoró en asomar la cabeza y mirar la puerta del hotel. O sea, tres estocadas en cinco segundos y el corazón cuquero de Riquelme se reventó. Tres horas después, el juez dio la orden de levantar el cadáver. Se lo llevaron y me quedé solo en el lugar. Entré al hotel, mostré mi credencial, pedí ver los registros. Pieza 27, Ema Marín, vendedora, domiciliada en El Rodeo, 425. Me dicen que se juntó con un caballero. Que el caballero no se registró, la ley solo exige uno por pieza. Tratan de describirlo,

pero se confunden, se contradicen. En la pieza no había nadie; ya estaba limpia, la cama recién hecha y había un fuerte aroma a desodorante ambiental. Quizás es todo una coincidencia. Riquelme tiene que haber hecho enemigos en su vida, muchos querían su cabeza. Lo que no me cuadra es que lo pillaran justo ahí. ¿Alguien que seguía a Riquelme me seguía a mí de la misma manera que yo seguía a Riquelme para seguir a Ema? Sería la segunda vez en menos de una semana que me siguen mientras yo sigo a alguien, y lo peor es que no me doy cuenta. No, no parece factible, lo más lógico sería que Ema fuera la carnada que llevó a Riquelme hasta el lugar de su muerte. Pero casi nunca lo más evidente es lo que resulta ser. Por lo menos tengo algo en qué pensar, algo que me da vuelta en la cabeza y así me olvido de cómo me siento, de lo que me está pasando.

Estoy tendido en la cama, fumando. Tengo un cenicero en el velador, Marina encuentra que es asqueroso. Ella no fuma, ¿fumará Ema? Tengo puesto todavía mi terno negro de los funerales, sé que se está arrugando, pero no tengo fuerzas para levantarme, y en mi cabeza las ideas vuelan como moscardones, o como chaquetas amarillas. Me acuerdo de un cuerpo que encontramos en el Cajón del Maipo, tenía la cabeza cubierta de chaquetas amarillas, llevaban varios días comiéndosela, es increíble pero las avispas ya habían llegado al hueso. Después de que el juez diera la orden, nos costó un mundo levantar el cadáver. No sabíamos cómo hacerlo, hasta que finalmente a Huerta se le ocurrió ponerle una bolsa en la cabeza, después esperamos un rato a que se asfixiaran los bichos, en la morgue aún seguían aleteando algunos.

Me quedan dos piteadas antes de llegar al filtro.

Una piteada.

Suena mi teléfono, es una melodía tonta, tengo que cambiarla, pero nunca lo hago, y cada vez que suena pienso lo mismo. No contesto.

La última piteada. Aplasto la colilla en el cenicero. No hay caso, no sé por qué estos cigarros caros saben mejor, pero no pienso volver a fumar Marlboro, me trae malos recuerdos. La melodía tonta deja de sonar. Se me están cerrando los ojos. El celular me avisa que recibí un mensaje. Es un número desconocido; leo: «Yo sé quién lo mató».

8

Entre Valparaíso y Santiago, yo me quedo con Santiago, de lejos. En eso concuerdo con Marina. De chico yo iba mucho al puerto. Mi papá vivía de pensión en pensión. Siempre me estaba llevando a una habitación distinta y siempre había que subir escaleras interminables. Yo no me quejaba, aunque no pudiera más. Mi papá me enseñó eso, quejarse no sirve para nada. El mismo nunca se quejó, ni cuando estaba de lo peor con su cáncer. Cuando yo era chico, él me venía a buscar una vez al mes. A mí me gustaba verlo, lo que no me gustaban eran las escaleras y la caca de perro. Invariablemente, cada vez que yo llegaba al final de la escalera, había pisado caca de perro. Es que Valparaíso está lleno de caca de perro y de olor a meado de gato. Así y todo, esos días en que llegaba a buscarme eran como feriados para mí. No iba al colegio, me vestía de calle y mi mamá me llevaba a la peluquería. Ahí me quedaba esperando mientras ojeaba las revistas y veía a las señoras teñirse, hacerse rizos, rulos, las uñas. Alguna vez, la cortina del cubículo donde se depilaban no quedó del todo cerrada y vi, por primera vez en mi vida, una inmensa champa de pelo en el pubis de una mujer; de esas champas casi no se ven hoy en día. La peluquería era un mundo de olores fuertes y de un vientecito tibio de los secadores. Como a las diez y media se abría la puerta y aparecía mi papá, siempre igual. Con sus bototos manchados de cemento, su *blue jeans* limpio y su camisa blanca abotonada hasta el cuello. Bien flaco y con la piel morena por el sol. En la mano, el último *Condorito*. Yo me paraba instintivamente, corría a darle un beso a mi mamá, tomaba la mano dura y áspera de mi papá y nos íbamos. Él a mi mamá la saludaba de lejos no más, nunca los vi darse un beso ni conversar. Tampoco supe nunca lo que pasó entre ellos. Pero sé que se querían, porque el día en que ya eran las once y media y mi papá no aparecía —mi mamá estaba furiosa, yo triste—, sonó el teléfono y ella comenzó a retarlo, pero luego se fue quedando callada y se puso a llorar. Meses después, me llevó a verlo al Hospital Alemán en el cerro Alegre. Ella no entró a la pieza, pero lloró todo el rato en el pasillo; en cambio, mi papá no se quejó, nunca.

Debe de ser por eso que estoy aquí, callado, sin quejarme, aunque la bala me atravesó el bíceps. No me quiero mover para que piense que me dio más duro, para que crea que me fui cortado, aunque me preocupan los borbotones de sangre que siento escurrir por el brazo, tiene que haberme perforado la arteria. Si no hago algo, me voy a ir de verdad cortado en menos de diez minutos. Siento que el moreno que me disparó se sube al Mitsubishi Lancer azul metálico y lo hace andar. Ahora sí estoy cagado. Este huevón me quiere rematar con el auto. Dejo que lo haga

andar y acelere, entonces me revuelco en el suelo y me atrinchoero debajo del Vitara que está estacionado. El Mitsubishi trata de pisarme la cabeza, sin embargo, choca con fuerza la puerta del Vitara y retrocede. Saco la pistola con la mano izquierda y, cuando siento que abren la puerta del Mitsubishi, disparo como puedo a cualquier lado, pero resulta que el tipo se sube con rapidez al auto y se va quemando forro. Ahora que pasó el peligro, sí me estoy sintiendo mal. Esto me está doliendo, la vista se me está nublando y, en vez de ver la calle Crédito y los talleres de auto, estoy viendo a mi mamá en el pasillo del Hospital Alemán y no sé qué decirle para que deje de llorar.

9

Como Marina es enfermera puede entrar a verme a todas horas. Es agradable estar acostado con sedantes y además con Marina a mi lado. No siento dolor ni tengo frío. Lo que sí tengo es un vendaje que me inmoviliza el brazo derecho. Marina me dice que casi me voy cortado, la herida no es tanto, pero llegué con muy poca sangre y no lograban suturarme la arteria. Ella donó sangre. Le digo que entonces llevo sangre suya dentro. Ella me explica que no, que la sangre va a un banco de sangre, que uno nunca va a saber de quién es la sangre que le ponen. «Ah», le digo, y me siento un poco tonto. Ella, en cambio, como que me agarra ternura al verme así, tonto, herido. Se levanta de la silla y me da un beso largo, después se sienta y mete la mano debajo de la sábana. Aunque estoy medio dopado, tengo una erección rápida, como un reflejo automático que responde a su mano.

—Un cariñito —dice sonriendo y mostrándome sus dientes chuecos.

Pero no va a durar mucho el cariñito porque la puerta se abre y entra Fernández con su cara de preocupación de siempre. Yo no sé si se dio cuenta, pero si es así, lo disimuló muy bien.

—Con permiso, Quiñones, ¿se puede?

Qué le voy a decir, ¿qué se espere a que me hagan una pajita? Pero Marina, con un gesto de enfermera profesional, se las arregla para disimular su mano bajo la sábana como si estuviera arreglándome la cama y poniéndome cómodo. Después sale y me deja solo con Fernández, mi jefe.

—Un poco más y no la cuenta, Quiñones. —No sé por qué los jefes siempre hablan como en las películas gringas, les dará más seguridad, no sé—. El problema, perrito —siempre que usa esa expresión viene algo malo—, es que te estás metiendo en problemas demasiado seguido.

No lo puedo negar. La culpa es toda mía, pisé el palito, caí en la trampa o como quieran decirle. Nunca me consideré un mal tira, incluso pensé que estaba sobre el promedio, sin embargo, estas últimas semanas sumo torpeza tras torpeza, qué tontera más grande, ese mensaje «Yo sé quién lo mató» era una carnada, hasta el más novato se daría cuenta. Pero desde hace un rato que no pienso, que estoy nublado, y ojo que es desde antes de matar a Baltasar sin querer matarlo. Solito me metí en la pata de los caballos, nunca debí responder el mensaje, ni menos acudir a la cita. Pero algo del tira astuto que fui me va quedando, porque cuando vi que el Mitsubishi Lancer prendía las luces altas al final del callejón, me tiré al suelo como quien da un clavado olímpico. A centímetros estuvieron ellos de matarme y yo de morir sin entender el porqué. Y eso me duele más que mi brazo vendado. No entiendo qué está pasando, ni siquiera he

tenido tiempo de armarme una teoría ni de repasar los hechos con calma. Fernández, en cambio, algo cree saber:

—Quiñones —continúa—, usted sabe que no dudo de su lealtad a la institución, pero tomando en cuenta los antecedentes de la muerte de Riquelme y este extraño baleo en el que se vio involucrado, sin estar de servicio, me veo obligado a abrir un expediente interno para estudiar su caso.

Touché, qué elegancia, nada que decir, por eso el jefe es el jefe. Yo sé también que las nuevas autoridades lo están presionando, no quieren más escándalos en la PDI, y yo parezco ser a todas luces una manzana que se está pudriendo en el cajón.

—Y perdóneme que en su convalecencia tenga que enfrentarlo a esto. —Entonces va a la puerta y hace pasar a un tira de escritorio, un oficinista, imberbe casi, el pelo largo atrás y corto a los costados, no más de un metro sesenta y cinco, lentes Ray-Ban, ambo azul, camisa blanca, mocasines café, se le nota tenso, lleva papel y lápiz en la mano y una sonrisa carente de toda gracia que se estira demasiado hacia un lado—. Quiñones, le presento a Marcelo López —un nombre que no dice nada—, es de Asuntos Internos y está a cargo de su caso.

Mierda, qué manera de ir mal la mañana, hace unos minutos Marina con su mano debajo de la sábana y ahora el petizo cínico sentado a mi lado con su libretita. El jefe sale lavándose las manos y dejándole el terreno libre al chicoco. Intuyo que en su primera pregunta va a tratar de descolocarme.

—¿Su nombre es Santiago Quiñones?

Partimos mal, además de petizo y cínico es imbécil, lo que no es bueno, siempre es mejor que te persiga alguien inteligente. La inteligencia es previsible, la imbecilidad te deja desarmado porque nunca sabes con qué te pueden salir.

—No, fíjate, soy el Chavo del ocho.

Me mira con cara de impaciencia y anota «Santiago Quiñones» en su libreta.

—Quisiera hacerle unas preguntas.

Pienso en decirle alguna pachotada, pero en cambio le hago un gesto desganado para que siga. Es que estar metido en esto me desmoraliza, y lo peor es que no tengo argumentos más que el sol tibio del invierno que se posó en una falda gris ajustada que caminaba delante de mí por la calle Bandera, además de las carnes firmes de la dueña de esa falda que vibraban a cada paso que ella daba.

—Vamos a empezar desde el principio. ¿Por qué mató a Baltasar Bravo Faúndez? ¿Acaso él sabía algo que usted quería ocultar?

Lo que me faltaba, uno de Asuntos Internos, ávido de una medalla, buscándole las cinco patas al gato. Entonces respondo lo único que puedo responder: «Quiero un abogado», y después me quedo callado.

10

No sé si Alejandro Albano es un buen abogado, pero es el único al que le tengo confianza. Cuando le conté por teléfono la muerte de Riquelme, se le escuchaba de verdad conmovido, aunque curiosamente ya estaba enterado.

—Las malas noticias vuelan, Quiñones —me dijo. Cuando lo vi cruzar la puerta de mi pieza, sentí de inmediato que me había equivocado, como cuando en un restaurante uno pide un plato que no quiere pero el mozo ya entregó el pedido a la cocina. Estaría unos diez kilos más gordo desde la última vez que lo vi. Vestía chaqueta y pantalones grises, los bolsillos abombados por el peso de las monedas y las llaves, la corbata con un nudo apretado, el pelo medio cano bien engominado y peinado para atrás, lo que no impedía que en los hombros llevara restos de caspa que escaparon de la gomina pegajosa.

—Dime la verdad, Quiñones, ¿en qué negocio andabas ahora con Riquelme?

Tres veces tuve que decirle que no andaba en nada con Riquelme, y era verdad, aunque no pensaba contarle lo de Ema, porque no venía al caso.

—Entonces ¿de qué hablaban en el bar? —me preguntó.

—¿Cómo sabes que estuve con Riquelme en el bar?

—Soy habitué, el dueño me contó que estuvieron ahí. Te lo pregunto porque si este López que te persigue se entera, va a tener más material para inventar, que no se te vaya a salir.

Después siguió con preguntas sin importancia, pero a mí me extrañó que supiera lo del bar y se me puso ese gustito amargo en el fondo de la boca, que es cuando presiento que me están mintiendo. No dudo de que Albano siga frecuentando el bar, pero no creo que el dueño me conozca lo suficiente como para darle mi nombre. Quizás estoy hilando muy fino, como el patético de López. Y también sé que le estoy cargando la mano al petizo, es que me da rabia que me persigan los de mi mismo bando. Prefiero agarrarme a tiros en un callejón que enfrentarme a la burocracia estatal defendido por un abogado hinchado, con caspa y un hálito alcohólico que siento claramente cuando se me acerca como para darme ánimo.

—Ya vas a ver cómo de esta también salimos bien. Las coincidencias son coincidencias hasta que se pruebe lo contrario —me dice a modo de despedida y con la intención de tranquilizarme—. Y tú eres un tipo con suerte.

—¿Ah, sí?

—Sí, un tipo con suerte, aún se fijan en ti las mujeres jóvenes. No sabes lo triste que es

cuando dejan de mirarte y pasas a ser un viejo de mierda, dan ganas de pegarse un tiro.

Esta última confesión lanzada sin que mediara la menor provocación me termina de amargar el pepino; meto mi mano en el bolsillo de la bata y agarro la cajetilla de cigarros como si fuera un talismán que me protegiera de este nubarrón que veo acercándose. Me voy al patio y me siento en la pérgola mientras llegan, fuman y se van, camilleros, enfermeras, doctores, administrativos, pacientes, todos emparentados, igualados por este vicio sencillo. Entonces, por primera vez desde que volví a fumar, me sentí bien de pertenecer a esta secta incomprendida de los fumadores, y me fumé dos cigarros al hilo y sentí que los que no fuman son una pobre raza de gente. Me vuelvo a la pieza con mi mano izquierda en el bolsillo de la bata, donde llevo la cajetilla que me hace sentir seguro como si fuera un pequeño paquete de balas y yo fuera a enfrentarme con el del Mitsubishi que trató de matarme en el callejón. La puerta de la pieza está medio abierta y alcanzo a ver a una mujer de pie junto a la cama que mira con calma, con paz, por la ventana. Se me acelera el corazón, me aumentan las pulsaciones, la herida del brazo me palpita y tengo que respirar profundo para que no se me revienten las suturas. También me vienen unas terribles ganas de mear, pero avanzo, abro la puerta despacio, ella se gira cuando me siente entrar; entonces no tengo dudas, no es un fantasma, Ema Marín está en mi pieza, mirándome, sonriéndome, mientras se le hacen dos margaritas en las mejillas, y sí, Riquelme tenía razón, ella también tiene los dientes chuecos.

11

Hablar de sexo es difícil, porque nombrar las cosas por el nombre que tienen suena feo y nombrarlas por el nombre inventado suena siútico. No se puede decir «copular» ni tampoco «hacer el amor», entonces hay que usar una palabra alternativa, que no dice nada, pero hace que uno entienda todo, «acostarse», por ejemplo. Lo otro es que el sexo no es una cosa clara ni definida, nunca es lo mismo, con cada mujer es diferente y ese es el problema. Porque si lo único que uno buscara en el sexo fuera el orgasmo sería sencillo, hasta con una paja bastaría, pero esta variedad, que cada mujer sea un mundo nuevo que explorar, hace que la gente sea tan infiel. Uno siempre se está preguntando qué me estaré perdiendo si no me acuesto con ella, o con ella o con ella. Cualquiera en mi caso se estaría preguntando:

«¿Quién mató a Riquelme?».

«¿Quién quiso matarme a mí?».

«¿Por qué mataron a Riquelme?».

«¿Por qué querían matarme a mí?».

«¿Cómo sabía Albano de mi encuentro con Riquelme?».

«¿Cómo llegó Ema a mi pieza?».

«¿Para qué llegó Ema a mi pieza?».

Pero yo lo único que quiero saber ahora es: ¿cómo será acostarse con Ema?

Lo terrible es que por pensar esto no quiero menos a Marina, ni tengo menos ganas de acostarme con ella, ni tampoco tengo un afán de compararlas ni hacer un catastro ni un mapa ni nada. Lo único que quiero, que deseo con fuerzas, es salir de la duda.

—Hola —me dice, como si fuera lo más normal que me estuviera visitando—. ¿Le duele mucho?

—No, ya pasó.

—Perdone que haya venido, pero no sabía con quién hablar de esto, y como Sergio me habló de usted fui...

—¿Qué Sergio?

—Su amigo, el que falleció... Fui al cuartel de Mapocho y pregunté...

—¿Riquelme?

—Sí, Sergio.

—¿Usted conocía a Riquelme?

—Sí. Él me contó que usted me seguía.

Mi primera reacción de tira en estos casos es no creer en nada, solo recabar la información y luego sacar las conclusiones. Hasta donde yo sé, era imposible que Riquelme le hablara de mí. Lo curioso es que en este punto de la conversación Ema se sonrojó, quizás que le habría dicho Riquelme. En una de esas me creyó que solo la seguía porque era bonita. En todo caso, a mí no me importa que lo sepa. Incluso si las circunstancias fueran otras y no estas, yo le diría: «Eres bonita».

—¿Riquelme le contó? Perdóne, no entiendo nada.

—Algo tiene que haberle dicho Sergio. Estoy metida en un lío.

—¿Lo del seguro?

—Ve que sabe.

—No sé nada.

—Necesito que me ayude. —Yo me quedo callado—. De verdad necesito que me ayude.

—¿Por qué confía en mí? Yo podría denunciarla.

—No creo. Usted no es de esos.

—¿Cómo sabe?

—Porque sé. Riquelme me contó.

—¿Qué le dijo?

—Todo. Lo de la abuela. Lo que hicieron con el abogado. Todo.

12

Yo no llevaba más de tres años en la calle como tira cuando me tocó trabajar con Riquelme. Uno cuando joven no sabe nada de la vida y no se imagina que las cosas que uno hace pueden caerle encima en el futuro. Uno cuando joven cree que siempre va a ser joven y alegre. Uno cuando joven es tonto, después uno es menos tonto, pero ya no es joven. Graciela María Renán Alfaro. Me acuerdo perfecto de su nombre, la abuela. La primera vez que fuimos a su casa fue por una denuncia de robo, al poco rato nos dimos cuenta con Riquelme de que no era un robo, sino un simple olvido. La abuela no se acordaba dónde dejaba las cosas, las escondía y las olvidaba. Esa vez tomamos once. Era invierno como ahora y la abuela había preparado calzones rotos y sopaipillas pasadas. Comenzamos a ir regularmente, es verdad que nos aprovechábamos de la gentileza de la abuela, pero, por otro lado, le dábamos compañía. Yo le llevaba comida para los gatos y cajetillas de Marlboro rojos, que la abuela fumaba uno detrás del otro. Riquelme siempre aportaba con algún costillar, que la abuela demoraba dos y tres días en preparar, porque dejaba macerando la carne en vinagre con jengibre. Riquelme sabía vivir y aprovechar el viento a favor. Se daba las tremendas panzadas en el almuerzo y hasta dormía siesta en la pieza de alojados. Muchas veces lo fui a buscar y tuve que convencer a la abuela de que me dejara despertarlo. La abuela estaba sola, lo que se dice sola. No tenía parientes conocidos, no recibía cartas, su casa colindaba con bodegas, sus gatos eran viejos, medios ciegos y medios sordos. Solo tenía a este par de tiras adoptados que se dejaban caer de cuando en cuando. Riquelme, varias veces, llegó a alojarse de madrugada, medio borracho. Ya teníamos llave de la casa y el refrigerador con cervezas y vino blanco bien helado. Yo nunca me atreví a llevar alguna amiga, pero Riquelme fue varias veces con mujeres del ambiente. En la mañana, la abuela les servía desayuno. Con Riquelme tenía más cariño, porque Riquelme es o era simpático, como que caía bien de primera. Yo siempre fui más callado y me cuesta demostrar cariño, sobre todo si no lo siento. Un poco de pena me daba más bien la abuela. Por eso será, quizás, que solté alguna lágrima cuando entré ese día a su pieza y la vi tendida con el Marlboro que se le había caído sobre el pecho. El cigarro había hecho un hoyo en el vestido y quemado la primera capa de su piel hasta que se había apagado, y ella no se había movido, porque después de prender el Marlboro seguro que se había muerto. En cambio, cuando Riquelme la vio, lo único que dijo fue:

—Hay que comprar un congelador antes de que se ponga tiesa.

Y partimos a Arturo Prat con Bío-Bío y compramos un *freezer* horizontal de segunda mano que

pagamos a medias. La abuela entró acurrucada como en posición fetal. Yo la miraba en el fondo del *freezer* mientras Riquelme ponía el alargador para enchufar la máquina. La abuela, ahí acurrucada en el fondo, desnuda sobre un plástico, parecía una de esas momias que se encuentran en el norte, y no sé si me seguía dando pena, pero sí sentía frío. Después, Riquelme contactó a Albano y comenzamos a reunirnos en el barcito del abogado. La idea era crear una estrategia para quedarnos con la casa de la abuela. En esos años, Riquelme estimaba que costaba sobre los cien millones de pesos, ahora costaría mucho más. Era de esas casas antiguas y tenía un patio largo al fondo de seiscientos metros cuadrados de terreno. Albano es hábil en buscarle la pillería a las leyes. «En el Derecho, todo tiene solución», decía.

Tuvimos que hacer muchos papeleos, ir a notarías, coimear a algunos actuarios, pero al final llegó el día en que llenamos la tina de agua y depositamos con cuidado el cuerpo de la abuela. Nos quedamos los dos viéndola un rato. Riquelme se fue primero, yo seguí mirándola cómo se fue descongelando y estirando sus miembros lentamente, como si fuese un feto que estuviera naciendo, hasta que se puso a flotar y luego se hundió. Salían burbujas de su boca como si todavía estuviera viva.

Después de eso, presentamos la denuncia. Recuerdo que nadie reclamó el cadáver en la morgue, lo que significaba que la abuela iba a dar a una fosa común, y a mí se me ocurrió que podríamos haberle dado cristiana sepultura. Pero Albano tenía razón y era mejor no levantar sospecha ni dejar rastro visible de la difunta. Finalmente, nos dividimos en tres partes los setenta millones en que Riquelme remató la casa. Yo, con mis veintitrés millones, me compré un departamento de dos ambientes frente al Parque de los Reyes, y hasta me sobró una plata para dársela a mi mamá. Después me fui alejando de Riquelme, porque no me sentía bien con todo esto. Por mucho que entendiera que daba lo mismo, que si no éramos nosotros, la casa pasaba al Estado de Chile, y que a la abuelita no la habíamos matado, sino que todo lo contrario, habíamos alegrado sus últimos días de vida, igual me sentía mal. Aunque yo estaba de acuerdo con el plan, no podía sacarme la imagen de la abuela, desnuda, en el fondo del *freezer*, como la momia del cerro El Plomo, como una maldición inca. Y, ahora que lo pienso, volvemos a estar los mismos tres involucrados, y se me pone la carne de gallina y me tiran los puntos del brazo cuando pienso que todo lo que está pasando es como la venganza de la abuela, pero al rato me digo que son puras tonteras y vuelvo a ser el tira que soy. Abro la puerta de mi departamento y veo que Marina lo ha ordenado en mi ausencia y puesto flores en la mesita de centro. Salgo al balcón, prendo un Lucky y me quedo fumando mientras observo cómo el viento tibio que trae la tempestad bota las hojas de los árboles del Parque de los Reyes.

13

Me hubiera gustado conversar más rato con Ema en la pieza del hospital, pero llegó Marina a visitarme y las mujeres tienen un sexto sentido para darse cuenta de qué mujeres son su competencia y cuáles no tienen importancia. Con Ema, Marina fue insoportable. Yo inventé que Ema venía a ofrecerme un seguro, cosa que parecía absurda ahora que estaba convaleciente de un balazo, pero no se me ocurrió otra cosa. Marina la correteó y Ema se fue sin alcanzar a explicarme todo. No volvió al hospital. Me dieron el alta y ahora estoy con licencia por mi herida y suspendido de mis funciones hasta que termine el sumario interno. López me mandó un cuestionario por *e-mail* y yo se lo reenvié a Albano. Lo que me preocupa es que el enano siga escarbando y llegue al tiempo en que me compré el departamento. No tendría cómo explicar los veintitrés millones. Me tranquilizo pensando en que Albano inventará algo.

Ahora que tengo tiempo, he podido pensar un poco y tratar de armar el rompecabezas. Lo de Riquelme no me sorprendió, en vez de ser el perseguidor de Ema era quien la estaba protegiendo.

Por eso la seguía tanto, no para saber dónde iba, sino para asegurarse de que nadie le hiciera daño. Era su inversión, tenía que protegerla. Como a la vez trabajaba para la compañía de seguros, no podía acercarse mucho a ella para que no sospecharan. Negocio redondo, Riquelme ganaba por los dos lados, cobrándole un suculento sueldo más gastos de operación a la aseguradora y luego llevándose una parte del botín cuando no lograra resolver el caso. El punto es: ¿de qué la estaba protegiendo Riquelme? De los que lo mataron, eso está claro. Necesito entonces saber quién mató a Riquelme, quién quiere matarme a mí y ubicar a Ema para que termine de explicarme todo esto. Llamé a la Interamericana, sucursal Huérfanos, pero una señorita me dijo que Ema ya no trabaja ahí y que no podía darme más información. No va a ser fácil encontrarla ahora que no puedo ir a la oficina ni usar las claves para recabar información. Llamo a García para ver si me puede ayudar.

—¿Aló? ¿García?

—Sí, ¿Quiñones?

—¿Cómo estái?

—Se te siente ronco, ¿estái resfriado? Tenis que cuidarte de los fríos que están haciendo.

Con eso me bastó, corté rápidamente sin preguntarle nada. García me advertía de que estábamos siendo escuchados. López me tiene pinchado el teléfono. No hay peor imbécil que el imbécil eficiente. Ahora tengo que andar con más cuidado. Me pongo el abrigo, la bufanda, salgo.

Camino por Cumming hacia el metro. Están empezando a caer unos goterones, apuro el paso. Podría jurar que López me sigue, pero no quiero mirar atrás, no quiero que crea que sospecho que me sigue. Dos escolares se besan con pasión, no les importa la lluvia, no les importa estar haciendo la cimarra, no les importa nada. También yo me pregunto si en todo esto hay algo que me importe más que ver de nuevo a Ema. Yo también estoy haciendo la cimarra. Tomo el pasamano de la escalera del metro y me viene una puntada en el brazo. Se me olvida que estoy convaleciente, pero no me quejo. Desciendo rápido, paso la tarjeta, el metro está por partir. Corro escalera abajo. Puedo sentir los piecitos de López que avanzan tras de mí por la escalera como si fuera un cuye. Las puertas casi se cierran, tengo compasión de López y le dejo la puerta más cercana a la escalera. Suena el pito de advertencia. Entro en la segunda puerta. Comienzan a cerrarse, me agacho y salto afuera. Las puertas se cierran, el metro parte sin mí. Me enderezo y trato de ver a López, pero el vagón está repleto y el metro va tomando velocidad. Me hubiera gustado ver su cara de vergüenza de primerizo en la calle cayendo en un viejo truco. Subo. Ahora sí está lloviendo. Los escolares siguen besándose, a esa edad qué te va a importar el agua. Yo, en cambio, me compro un paraguas de mil pesos. Prendo un cigarro y me voy, calmado, por Huérfanos hacia el centro.

14

Mi mamá no tiene problemas de plata. Yo heredé de mi abuelo lo matarife y este nombre de ciudad, ella heredó lo buena para ahorrar. Después de trabajar en un salón de peluquería por veinticinco años, tenía ahorrado lo suficiente para comprarse una peluquería, pequeñita, enmohecida, pero suya. La trabajó bien, se fue para arriba. Con la plata que yo le pasé de lo de la abuela, más sus ahorros, se compró la segunda peluquería. Después se casó con el caballero con el que está casada. El caballero tenía locales y total que ahora mi mamá administra seis peluquerías y eso da mucha plata. Yo ahora no la veo tanto. Hablamos de vez en cuando no más. Ni siquiera quise contarle lo del balazo, para qué. Para puro preocuparla. Lo que pasa es que a mí el caballero no me cae bien. Yo encuentro que mi mamá se merecía algo mejor. Lo único bueno que tiene son los locales, y creo que por eso mi mamá se casó con él. Además, es mucho mayor, está medio enfermo y es cascarrabias. Una vez me llamó para que lo ayudara a sacar a una gente que no se quería ir de un local. Yo le dije que era un policía, no un matón. Desde entonces no nos hablamos. A veces, cuando le están haciendo las diálisis en la clínica, yo paso a ver a mi mamá. Para ella, sigo teniendo diez años, y lo primero que me pregunta es si comí, y enseguida me dice que me abrigue y que no fume. ¡Qué le voy a estar contando lo del Mitsubishi en el callejón!

A mi papá lo voy a ver, por lo menos, una vez al año. Desde su tumba se ve un cachito de mar entre los edificios. Me quedo un rato ahí pensando. La tumba está siempre bien cuidada. No me he atrevido nunca a preguntarle a mi mamá si es ella la que va, porque quizás puede ser otra mujer que tuvo el viejo. En todo caso, yo nunca le conocí ninguna, solo mi mamá. A veces me quedo alojado en una pensión, como cuando era chico, otras me vuelvo al tiro para Santiago. Estos días lluviosos, mientras uno camina con su paraguas y fuma, son especiales para pensar en cosas tristes, me acuerdo de una canción de José Luis Perales.

La muerte de Riquelme igual me da un poco de pena, no sería un santo, pero no merecía morir así, llevándose la cara del asesino a la tumba. Ahora estoy aquí mismo en la calle Esmeralda, en la placita donde murió Riquelme. Sergio, como lo llama Ema. Los del café metieron las sillas y el de la botillería puso aserrín en la entrada. El hotel sigue igual, mudo. Solo las calcomanías de las visas y redbank pegadas a la puerta batiente indican que adentro hay algo que se puede pagar. Me prendo otro pucho y sigo caminando por Esmeralda hacia el oriente. «Estos días grises me ponen triste», suena en mi cabeza la canción de José Luis, pero cantada por él, no por mí, que canto pésimo. Marina siempre me dice que canto mal. Ella, en cambio, canta bonito. Una vez fuimos a

un bar con karaoke y se lució. Yo creo que ella podría haber sido artista si hubiera querido, pero seguro que el mánager la hubiera mandado a hacerse un tratamiento de ortodoncia y a mí ya no me habría gustado tanto. Lluve menos, cierro el paraguas y entro al bar del abogado. Es aún temprano para almorzar y casi no hay clientes. Me siento a la barra. El dueño está sacando cuentas, me sonrío a modo de saludo y sigue en lo suyo. Después de un momento en que nadie me atiende, sale el dueño y llama a una mesera que está en la cocina.

—¡Isabel! —La mesera llega limpiándose la boca.

—¿Qué va a desear? —me pregunta.

—Una fricandela y una garza negra —le respondo.

La mujer grita mi pedido a la cocina y comienza a servirme la garza. La pone delante de mí, sobre unas servilletas, pero la espuma se rebalsa y las moja. Tomo mi primer trago desde que salí del hospital. Ya después del primer sorbo se me borra esa tristeza que traía y se me ponen contentas las tripas. Con razón hay tanta gente alcohólica, un trago siempre te pone bien. Como tranquilo, poniéndole harta mostaza fuerte, y a mitad del sándwich me pido otra garza. De a poco está llegando gente y comienza a animarse el ambiente. El dueño termina sus cuentas y se pone a atender la barra. Cuando me trae el vuelto, le digo:

—¿Le puede dar un recado a Albano?

—¿A don Alejandro?

—Sí, a don Alejandro Albano, dígame de mi parte que no sea mentiroso. —El dueño me mira como esperando que yo le dé un tono de broma al recado, pero yo sigo más serio que un moái.

—¿De parte de quién? —me pregunta, corroborando que no tiene idea de cómo me llamo.

Estuve a punto de indicarle que de parte de Clint Eastwood, pero al final le dije:

—De parte de Santiago Quiñones.

15

Me acabo de dar cuenta. Se me quedó el paraguas en el barcito del abogado. Pero no me importa porque ya no llueve. Estoy sentado hace un rato en el café de la placita, en la misma silla donde murió Riquelme. Repaso todo. Eso se aprende en la PDI. Método. Yo estaba en la botillería donde ahora un empleado barre el aserrín. Desde aquí, Riquelme no tenía cómo verme. En el hotel prenden un farolito que hay en la puerta. Creo que el hotel tiene que decirme algo. Miro insistentemente la puerta, como si la estuviera interrogando. No saco mucho en limpio. Solo una cosa. A Riquelme lo mataron por la espalda. Si no, lo hubiera visto venir. El homicida se sentó detrás de Riquelme, apuntó el estoque con toda calma entre los barrotes del respaldo de la silla y presionó con fuerza. Seguramente se levantó a la segunda estocada, pero debió de haber agarrado a Riquelme del cuello. Por eso quedó con la cabeza hacia atrás, mirando el cielo. Siento que en este preciso momento alguien se sienta detrás de mí en la misma silla donde estuvo sentado el homicida. Instintivamente, llevo mi mano derecha a la sobaquera donde tengo mi pistola. Ya sé que no puedo salir con ella hasta que acabe el sumario, pero me la puse sin pensar cuando me vestí y ahora ya no hay caso. El que se sentó atrás está callado, yo diría que demasiado. Se le acerca una moza y le pregunta si quiere algo. El que está sentado atrás debe de responder con un gesto, porque la mesera se contenta con dejarle la carta y se va. Sé que es una tontera pensar que detrás de mí está sentado el homicida de Riquelme, pero podría jurar que quien sea que me está mirando tiene los ojos fijos en mi nuca. Quisiera girarme para ver de quién se trata, pero estoy como paralizado y hago un tremendo esfuerzo para no mearme. Escucho cómo mueve una silla y siento claramente que se me está acercando. Me da un escalofrío que parte como un pellizco en la herida del brazo y termina en mi nuca indefensa. El de atrás está cada vez más cerca. Cuando ya escucho el sonido de su respiración, me giro violento con el arma en la mano. Es una acción totalmente desmedida, hasta ridícula. La hice sin pensar. Esto me tiene mal, al borde de la paranoia. Son demasiadas cosas en muy poco tiempo. Me descontrolé. Es que sentía que me metía el delgado filo por la base de la nuca y lo sentía salir por mi cuello atravesando la manzana de Adán como si fuera un anticucho. Mal que mal, ya me han intentado matar una vez en este mes. No sé quién de los dos se impresionó más. Yo creo que López.

—¡Mierda, Quiñones! —exclamó.

Se ve que el chicoco de reflejos no anda muy bien, porque ni siquiera intentó saltar a un lado y mucho menos sacar su arma, aunque al verlo aquí tengo que tragarme varias cosas que pensé de él.

Nunca creí que volvería sobre mi pista después de dejarlo en el vagón del metro. No es tan imbécil como pensé.

—No puede portar esa arma mientras dure el sumario —me dijo todavía nervioso. Yo, con la sorpresa, seguía apuntándolo. Le pedí disculpas y le expliqué que era la costumbre. Después de esta flagrante falta era mejor que no siguiera toreándolo. Con las disculpas, en vez de calmarse, como que se envalentonó—. Un examen psicológico tendrían que hacerle, casi me mata del susto.

Le expliqué que me siento amenazado, que la culpa es suya por acercarse de esa manera, por la espalda.

—¿Quieres un café? —lo invito, para tratar de cambiar el tema.

—No puedo, usted es el objeto de la investigación, no sería bien visto que nos vean tomando un café juntos.

Además de todo, el pendejo es incorruptible; intento, entonces, con algo de ironía:

—Entiendo, lo normal es que me siga, siéntese en su mesa y yo hago como que no lo he visto. —Me mira con cierto desprecio.

—Yo no lo estoy siguiendo. —Lo peor es que sonaba sincero, hasta humillante. «¿Seguirlo a usted, para qué?», podría haber agregado, pero no tiene sentido del humor—. No lo sigo. Usted se interpone en mi camino.

El chico López me cuenta que pololea con una vendedora de una tienda en Dominica. Se viene caminando desde el cuartel y pasa por aquí para tomar el puente Patronato. Es una versión totalmente creíble y el camino es lógico, entonces ¿no era él quien me seguía en la mañana?

—Estoy desde las ocho treinta metido en archivos buceando en su historial, Quiñones. —Esto último, además de parecer muy sincero, sonaba amenazador—. Espero que tenga un buen abogado.

Yo trato de contraatacar:

—Si no me seguía, ¿qué hace sentado detrás de mí?

—Ya le dije, pasaba por aquí, lo vi sentado mirando fijo la puerta del hotelucho, pensé seguir de largo. Pero me devolví para averiguar qué miraba y, cuando me acerco a preguntarle, usted me amenaza, ¡y de manera ilegal, porque no puede portar esa arma!

Volvimos al mismo punto, hay que cambiar de tema.

—¿Sabía que aquí fue dónde mataron a Riquelme? —le pregunto.

—Claro que sé, pero dígame, Quiñones, ¿por qué mira tanto la puerta del hotel? ¿A quién está esperando?

El chico López, sin querer, dio en el clavo. Igual como dio conmigo, sin querer. En el fondo, estoy mirando la puerta del hotel esperando que salga Ema. Y ya sé qué tiene que decirme el hotel: «Pieza 27, Ema Marin, vendedora, domiciliada en El Rodeo, 425». Lo recuerdo a la perfección, sin necesidad de haberlo anotado en una libreta. Tengo una memoria privilegiada para los nombres y las direcciones. Un poco por eso me hice tira. Cuando salíamos con mi mamá los días domingo a atender a algunas clientas a domicilio, ella no llevaba la dirección anotada. Me la decía en la casa y después yo se la iba repitiendo cada vez que me la preguntaba. Incluso semanas después, cuando tal o cual clienta la llamaba de nuevo, ella ni le preguntaba la dirección, solo me decía a mí: «Me llamó tal fulanita, la que vive en la casa con piscina y con el perro blanco», y yo, de manera automática, le respondía: «Los Espinos 3675»; hasta hoy día me acuerdo.

Cuando comentaba esta gracia mía con el taxista, la clienta o alguna tía vieja que nos visitaba del sur, siempre agregaba la frase:

—Este niño podría ser detective, ¿se acuerda de todo!

Creo que por eso me hice tira, para no defraudarla. No como el chico López, que se hizo tira por este afán que tiene de saberlo todo, y que ahora me mira con suspicacia creyendo que dio en el clavo, y sí, dio en el clavo, pero no en el clavo que él cree.

16

Desde que salí del hospital siento que Marina está extraña. No sabría explicar por qué. Hacemos lo mismo que hacíamos antes. Nos llamamos, nos encontramos. A veces se viene a dormir aquí. A veces la llamo para que venga, pero tiene turno. A veces compramos comida china y la comemos viendo televisión. Por encima se ve todo normal, pero no es lo mismo. Hace un rato le dije lo que sentía, le pregunté qué le pasaba.

—Nada, ¿por qué? —me respondió.

Me salió el tiro por la culata; según ella, el que está raro soy yo, pero yo me siento igual que antes. Me dice que ando todo el día pensando en no sé qué. Le reconocí que tengo problemas, que me está persiguiendo el de Asuntos Internos, pero que fuera de eso no me pasa nada.

—Eso será... —me dice, como dando por sentado que el que está raro soy yo.

Entonces nos pusimos a discutir. Al final tomó sus cosas y se fue. Al principio me sentí aliviado y más tranquilo. Me recalenté los restos de la comida china en el microondas y me tiré en la cama a comer mientras veía las noticias. Al rato me empecé a sentir mal y no podía dejar de pensar en Marina. No iba a llamarla, porque era como darle la razón. Opté mejor por un mensaje de texto, que está como a medio camino entre llamar y no hacer nada. «Ven. No te enojés». No me respondió. Me prendí un cigarro en el balconcito y dejé el teléfono adentro para no estar ansioso mirándolo todo el rato. Afuera corría un viento helado que traspasaba la ropa. Me empezó a doler la herida y entré. Nada. Le escribí otro mensaje: «Te preparé un mariscal». Marina me contó que un pololo que tuvo la invitó un día a su casa y le tenía preparado un mariscal. La casa era chica y el olor a marisco lo sintió como desde la esquina cuando iba llegando. Al final tuvo que inventar que se sentía mal y se fue porque ya estaba con náuseas. Tampoco me respondió. Está enojada de verdad. Yo sé que en el fondo está celosa, pero qué se le puede hacer. Nosotros no somos matrimonio, ni pareja. Nosotros andamos no más. Eso lo sabe ella, y yo. Lo tenemos claro, porque lo hemos hablado un montón de veces. Así estamos bien y yo no le voy a estar preguntando si a ella le gusta algún camillero o si es verdad que le tocaron tres turnos seguidos y no pudo venir a mi casa o si en la despedida de soltera de una amiga la otra vez ella se metió con el *vedetto*. No. Entonces, si resulta que me siento atraído por otra mujer, y ojo que aquí no ha pasado nada, no encuentro que eso sea motivo para ponerse rara. Suena el timbre. Abro. Es Marina. No entra, me mira seria en el umbral.

No sé si viene a despedirse para siempre o a qué. Sonríe como si fuera una niña que hizo una

maldad. La beso. Paso mi lengua por sus dientes. Nos vamos a la cama.

Son las cinco cuarenta y cinco y acabo de tener una pesadilla horrible. Ocurría aquí en el departamento, era de noche como ahora o de madrugada, el caso es que estaba oscuro. Vibraba el celular en el velador, era un mensaje. Decía: «Estoy en la puerta, ábreme». Yo pensaba que era Ema y me preocupaba porque estaba Marina durmiendo a mi lado. Me levantaba callado y abría la puerta, entonces entraba con violencia Baltasar, tenía la cara desfigurada por el disparo. Estaba armado con una escopeta recortada y me apuntaba. Trataba de decirme algo, pero como tenía la cara deformada, no le salían las palabras. Como yo no le entendía, se empezaba a poner más nervioso. Me llevaba hasta la pieza sin dejar de apuntarme. Marina se despertaba y se ponía a gritar. Baltasar la apuntaba descontrolado, yo cubría a Marina y le tapaba la boca con fuerza. Baltasar se metía en mi clóset y comenzaba a sacar todas las cosas buscando algo, cada vez más nervioso. Marina me decía: «Las Nike, está buscando las Nike, ¿dónde las dejaste?». En ese momento me acordaba de la zapatilla de Baltasar que había recogido en el pasaje, pero no tenía idea de dónde la había dejado.

Baltasar nos seguía apuntando dispuesto a disparar, mientras vociferaba algo con sus labios deformados. Marina, que lograba entenderle, me gritaba: «¡Dale la zapatilla, que nos va a matar!». Antes del disparo, me desperté. Todavía estoy angustiado. Prendo un cigarro y tiro el fósforo en la bandejita de aluminio con los restos de la comida china que está en el velador. Marina no está junto a mí, creo que está en la cocina. Quizá se está haciendo un té. Con esto de los turnos se le desordena el horario, es capaz de comerse unos huevos fritos a las tres de la mañana. Pero ahora está quieta en la cocina, no hace ningún ruido. No sé si contarle mi pesadilla, a ella no le gusta que le hable de cosas del trabajo. «Suficiente sangre tengo en el hospital», me dice siempre. Ahora siento que Marina se mueve en la cocina. Hace un ruido como si estuviera limpiando la ventana empañada.

—Santiago —dice en un tono casi inaudible.

—¿Qué pasa? —respondo en el mismo tono.

Aunque estamos los dos despiertos, en las noches uno habla así, callado. Ella no responde, pego otra fumada y me levanto. Marina está de pie, vestida solo con la polera de la PDI con que duerme, tiene los brazos cruzados apretados a su cuerpo como para conservar algo de calor. La polera se le levanta dejando justo al aire el final de sus glúteos redondos. Está mirando con interés por la ventana. Tengo una primera intención de prender la luz.

—No la prendas —me dice.

Me acerco a ella y la abrazo por la espalda. Nos quedamos mirando una ventana del edificio gemelo al mío. Estará a unos veinte metros de distancia y un piso debajo del nuestro. Tenemos un punto de vista privilegiado. En la ventana, vemos a una mamá joven que está mudando a una guagua.

—Qué chica —digo.

Marina piensa que el bebé no tiene ni una semana de vida. Ahora llega a su lado el papá, un tipo joven, flaco. La abraza por la cintura. La mamá sigue trabajando.

—Le está limpiando el ombligo —dice Marina.

Me explica que a los recién nacidos hay que pasarles un algodón con povidona por el ombligo cada vez que se los muda, hasta que el resto del cordón umbilical se les seca y se les cae. Nos quedamos mirando un buen rato, callados. Es rara la situación. Ellos dos allá al frente. Nosotros aquí espiándolos. Toda la demás gente que duerme. El frío de perros que baja de la cordillera recién nevada y rodea los edificios. Mi pesadilla recién fresca en mi cabeza. El cuerpo de Marina tibiecito entre mis brazos. El algodón con povidona que limpia la herida con que estaba unida la guagua a su mamá. Por eso quizás se me llenaron los ojos de lágrimas, aunque no lloré, cuando Marina dijo sin pensarlo mucho:

—Quiero tener un hijo.

Un buen rato después de que se llevaron a la guagua, nosotros seguíamos abrazados, como cuando uno ve una película triste y se queda en su asiento mientras pasan los créditos, haciéndose el ánimo para salir a la calle.

—Me entumí —dice Marina.

Nos volvemos a la cama. Los dos bien desvelados. No sé qué responderle a Marina. Supongo que tengo que decir algo. Ella se nota un poco arrepentida, quizás tampoco sabe qué decir. Al final no decimos nada y nos quedamos dormidos cada uno en su lado.

18

Según veo en internet, hay dos direcciones en Santiago de El Rodeo, 425. Una en la Dehesa, extremo nororiente de la ciudad, otra en Puente Alto, extremo suroriente. Como decir el Cielo y el Infierno. Me suena más que una vendedora de seguros con los dientes chuecos viva en Puente Alto. El viaje me toma una hora y media. Están arreglando las calles y el tránsito es lento, pesado. No me importa, me sirve para pensar. Método. Llego a la dirección, son las típicas viviendas sociales de los años ochenta hechas de ladrillos princesa y pizarreño en el techo. No están a bien traer. Los vecinos me miran curiosos, aquí todos notan que soy tira. Sé que no debería, pero cargo mi pistola en la sobaquera, y esta vez lo hago a propósito. La pesadilla de anoche me dejó nervioso y se me repiten las imágenes todo el día. Siento que el sueño fue como una advertencia y estoy tomando mis precauciones. Me detengo frente a la reja del antejardín en el 425. La puerta de la casa está entreabierta. Un abuelito apoyado en un bastón hecho de un palo de escoba está medio asomado mirando como si tuviera miedo a salir del todo. Tiene puesto unos lentes viejos con un aumento exagerado y los pantalones abrochados demasiado arriba de la cintura, lo que le da un aspecto un poco retardado. Lo saludo, pero no me responde. Se limita a mirar hacia dentro de la casa como para pedir ayuda.

—¡Aló! —grito para ver si se asoma alguien. Peor. El abuelo se mete a la casa y cierra. Trato de abrir la puerta del antejardín, pero está cerrada con llave.

—¡Aló! —grito de nuevo.

Al tercer grito se asoma una señora, viene secándose las manos con un paño de cocina.

—¿Sí?

—Buenas tardes, estoy buscando a Ema Marín.

—¿A quién?

—Ema Marín hace...

—No, aquí no vive.

La siento totalmente sincera, pero tengo que seguir intentándolo.

—¿Está segura? —La pregunta me suena estúpida.

—Claro que estoy segura —me responde la señora, divertida por mi ocurrencia. Cómo no va a saber ella quién vive en su casa.

—¿Me mostraría su cédula?

Aunque no tendría por qué mostrármela ni yo pedírsela, la señora accede. Me abre la reja y

me hace pasar a la casa. Me pide que tome asiento en el humilde *living* y me ofrece una taza de té o café. «No, gracias», le digo. A estas alturas no tengo ninguna duda de que me está diciendo la verdad, pero ya inicié el procedimiento. Mientras ella va a buscar la cédula de identidad, yo me quedo con el abuelito de los lentes y el bastón, que me mira con curiosidad desde un extremo de la habitación.

—¡Es mi papá! —grita la señora desde dentro de una de las piezas—. Tiene alzheimer, no le haga caso.

El abuelito toma unas hojas garabateadas que hay sobre la mesa y me las lleva. Las tomo. Están llenas de líneas con lápices de colores. La señora trae su cédula desde la pieza.

—Papá, no moleste al caballero. —La señora me pasa su cédula y se lleva los papeles—. Son dibujos que él hace, en eso se entretiene.

Me parece que la gente que se hace cargo de sus papás viejos y vive con ellos aunque tengan alzheimer es buena y no creo que la señora me mienta. Me basta con echar una mirada al carné y verificar que no tiene parentesco con Marín H. Me levanto.

—¿No se habrá equivocado de dirección, joven?

—Claro que podría ser, ahora que me lo dice. De la calle estoy seguro, El Rodeo, pero del número ahora me entran dudas, no sé si era 452 o 425.

El abuelo se acerca trayéndome una foto enmarcada.

—Es que se dio cuenta de que usted es detective —me dice la mujer con ternura. En la foto aparece el abuelo mucho más joven, mejor vestido, parado frente a la casa, que también se ve mucho mejor que ahora. Junto a él, una niña vestida con uniforme escolar, gordita, con anteojos, de unos diez años—. Ella es mi hija, se fue de la casa cuando cumplió quince, nunca más volvió. Se fue con un caballero de plata que la andaba rondando. Yo la busqué con los carabineros, con los detectives, y nada. Yo la retaba, es verdad, pero como uno reta a los niños no más, la retaba porque ella era difícil. Como no tuvo un papá, le faltó mano dura, hacía lo que quería, era llevada de sus ideas, pero no era para que se fuera, para que no volviera más.

Una pena negra comienza a entrarle a la mujer y los ojos se le llenan de lágrimas. Pero se aguanta, se pasa la manga de la blusa por la cara y me quita la foto para pasársela al abuelo.

—Vaya a dejar la foto donde estaba, papá, el caballero no viene por la niña. —El abuelo, obediente, hace lo que le dice la mujer—. En ese tiempo vinieron hartos policías de civil, como usted, hasta que dejaron de hacerlo. Cuando yo lo vi, pensé... —No sigue hablando, no puede. Traga saliva. Cambia el tono a uno más alegre—. La esperanza es lo último que se pierde, dicen, ¿no?

Me despido. Recorro la calle y verifico que aquí no existe el 452. ¿Vivirá Ema en la Dehesa? ¿Por qué dio esta dirección en el hotel? Pero esta dirección es mi única pista y no me queda más que seguirla. Me voy. Paso de nuevo junto a la casa de la señora y veo al abuelo asomado a la puerta con su bastón. Es como si estuviera esperando que vuelva su nieta. Me recuerda, por lo indefenso, a la abuela. La veo de nuevo ahí, en el fondo del *freezer* de segunda mano. Es una postal que no se borra fácil de mi cabeza. Me doy cuenta de que si hubiéramos querido de verdad a la abuela, no habríamos hecho lo que hicimos. Y me siento mal, pero no tanto; total, ya pasó y el pasado no se puede arreglar.

19

La calle El Rodeo de la Dehesa es una tremenda avenida. Existen los dos números, el 425, que es una compraventa de autos de lujo, y el 452, que es un gimnasio con grandes ventanales. No sé por qué quise pensar que esa dirección que dejó Ema en el hotel era un mensaje secreto. Como una botella lanzada por un náufrago. Yo me sentía el afortunado que tenía las coordenadas del tesoro. Qué tontera más grande. Lo primero que uno hace en un hotel parejero es dar una dirección falsa. No dudo de que en el futuro las máquinas van a gobernarnos, como en Matrix, porque los hombres se confunden demasiado con sus sentimientos y por eso se equivocan a cada minuto. Total, perdí el día completo en una pista falsa, crucé Santiago de extremo a extremo para nada. Pero no todo ha sido en vano. Hace un rato, en el departamento, me llegó un mensaje con un número de teléfono fijo seguido de una «G» mayúscula. Es García, que me mandó un fono que no está pinchado para comunicarnos. Bajé y caminé tres cuadras hasta la fuente de soda que hay llegando a San Pablo. Me pedí dos vienasas con tomate, mayo y ají verde para llevar, y llamé desde el teléfono público mientras el maestro las preparaba. Ahora me devuelvo con las vienasas después de hablar con García. Pucha que es buena gente García y buen tira, descubrió quién quiere matarme. Por un lado, es un ah vio, pero por otro me puso más nervioso. Doblo la esquina. Antes chispeaba, ahora los goterones se ponen más pesados. Quiero llegar rápido al departamento por varias razones. Una importante es que no quiero que se mojen las vienasas. Esto de comer tanta comida comprada no debe de ser bueno, me gustaría cocinar en casa, pero entre que no tengo tiempo y llego tarde, y como Marina no cocina... Ni tampoco vive aquí. Ni es mi mujer ni nada. Doblo la otra esquina. Me acordé de repente de la pareja y la guagua que viven en el edificio de enfrente. No sé todavía qué decirle a Marina. No creo que venga esta noche, siempre me avisa y hoy no hemos hablado por teléfono. Estoy a tres cuadras. La calle está bien iluminada. La municipalidad hizo caso al reclamo de los vecinos que estaban hartos de los cogoteos y las violaciones. Es curioso cómo los delincuentes rehúyen la luz. Yo creo que es algo medio místico, como que no quieren que Dios los mire, si no, no se entiende. Tanto más fácil asaltar con luz. Me apuro un poco. Y no es solo por las vienasas. Ya sé quién quiere matarme. García me contó que tienen pinchado el teléfono del jefe de los Guateros en la penitenciaría. Lo grabaron cuando daba la orden de bajarme. No es agradable saberlo. Quieren vengar a Baltasar y de paso hacerse un nombre entre las otras bandas. Yo soy el pasaporte a la fama, el camino más corto para hacerse respetar en el ambiente.

—Cuidado sobre todo al llegar y salir de tu casa —me repitió tres veces García—. Fíjate bien que no te sigan.

Ahí me acordé del otro día, cuando creí que era López al que había perdido en el metro. Seguro que era uno de los que mandaron los Guateros. Yo ya más o menos lo pispaba, es que el sueño fue premonitorio. No suelo creer en esas cosas, pero pensándolo fríamente ese sueño era un mensaje claro.

—Te perdiste la cara de López cuando se enteró —me dijo García. Lógico, ya no podía vincularme con los Guateros. Si querían matarme en venganza, estaba claro que yo no era un informante—. Pero le va a poner más empeño en mezclarte con Riquelme —suponía García, lo que no es bueno para mí.

¡¡¡Chask!!! Siento un chancacazo fuerte y veo un fogonazo al final de la cuadra. Inmediatamente se corta la luz en la manzana. Yo me paro en seco. Alguien tiró un cadenazo al tendido eléctrico, reventó el transformador de la esquina y echó por tierra toda la teoría de la seguridad y la luz. Comienzan a sonar las alarmas de los locales comerciales y de las bodegas del barrio. Ahora llueve de frentón y, como está a oscuras, parece que el agua moja más. En un primer momento nadie podrá ver mucho, porque hay que acostumbrarse a la penumbra. Aprieto la bolsa con las vienasas y me llevo la mano derecha a la sobaquera. Mi brazo queda en una posición en que me tira el punto de la herida, pero no me importa. Tengo el sueño fresco de anoche. Aprovechando este primer minuto de ceguera, me acerco con lentitud a la muralla para no ser un blanco fácil. Me pego a la pared de una casa medio derruida y logro esconderme en el umbral de la puerta que está tapeada. Las sirenas de las alarmas siguen sonando y los perros se van uniendo en coro. No me muevo, aunque ahora llueve con más fuerza. El agua se va filtrando en la bolsa mojando irremediadamente las vienasas. Un auto pasa por Balmaceda y sus luces me dejan ver una silueta que avanza desde la esquina. Otro auto. Miro. Son dos. Uno en cada vereda. Avanzan despacio, saben más o menos dónde puedo estar. El agua me escurre por el cuello. Saco la pistola. «Por lo menos me llevo a uno», me repito como un consuelo. Por lo menos me llevo a uno. Dos, tres autos pasan por Balmaceda alumbrando por segundos a los hombres que se acercan. Un hilo de agua baja hasta mi guata. Si corriera ahora me acribillarían por la espalda. Lo mejor es quedarse quieto. No me muevo. Aprieto. Aprieto fuerte hasta que no aguantó más. Suelto mi esfínter y siento cómo baja por mi pierna la orina, caliente, casi que me quema. Y comienza a subirme a las narices el olor fuerte a amoniaco. Ellos siguen avanzando. Tienen que haber dado mal la señal, cortaron la luz demasiado pronto, yo aún estaba muy lejos y ahora tuvieron que salir a buscarme. Esta vez no se quieren arriesgar, se detienen a mitad de cuadra. Al fondo de la calle, un auto prende las luces y comienza a avanzar despacio iluminando la vereda. Es el Mitsubishi, la marca preferida de los narcos. Debe de ser por el logo de los rombitos que son como cristales. Cristales de droga. Los hombres vuelven a avanzar. El auto va un poco más atrás, lento, por mitad de la calle. Diez metros más y el Mitsubishi me va a alumbrar de lleno. Pongo el dedo en el gatillo y repito, «por lo menos me llevo a uno», como si morir matando me salvara de algo. La pistola me pesa kilos en la mano, estoy de pronto muy cansado. No quiero dispararle a nada nunca más. Y es en serio. No quiero que me disparen nunca más. Yo solo era bueno para recordar nombres, no merezco estar aquí acorralado, con los pantalones meados mientras los goterones se me meten en las orejas, los ojos, y el agua me resbala por el cuello hasta introducirse en los zapatos. Saco el dedo del gatillo, bajo el arma, ya no puedo sostenerla de lo pesada que la siento en mi mano. Me voy resbalando

lentamente con la espalda apoyada a la pared. Voy derecho al suelo, a morir de rodillas con la cabeza gacha. Ya no tengo dignidad. Estoy cayendo —me estoy yendo definitivamente—, y para siempre. Un auto viene en sentido contrario, un Nissan V16. También toma la mitad de la calle enfrentando al Mitsubishi, sin miedo, provocándolo. No sabe lo que hace, pienso que al chofer lo van a hacer bolsa antes que a mí. Entonces el V16 hace sonar su sirena. Es un auto de tiras. Estoy salvado. Caigo finalmente de rodillas y, aunque no creo en Dios ni en nada, digo muy humilde: «Gracias, Señor».

20

Cómo es la vida. Todo el odio que le tenía al chico López, lo mal que hablé de él, y termina por salvarme la vida. Claro que fue sin querer. Venía a advertirme de que mi cabeza tenía precio. Era lo mínimo, él está a cargo. Qué manera, en todo caso, de llegar justo a tiempo. Si se hubiera parado a comprar cigarros —aunque no fuma—, la historia sería otra. Un tira menos. Los sicarios se entregaron de inmediato. El del auto nomás puso marcha atrás, dobló en Balmaceda provocando caos y se fue quemando neumáticos, como en el pasaje cuando me balearon. López no lo persiguió, porque si lo hubiera hecho, se le escapaban los dos de a pie. Yo estaba incapacitado de realizar una detención. El solito los esposó y los metió en el auto antes de ir a ver qué me pasaba. Se portó bien López. Me dejó en la puerta del edificio y se llevó a los pagados.

—Duplica las precauciones porque estos van a salir al toque. No puedo formularles cargo, a lo más porte ilegal de arma —me dijo contrariado—. Si te hubieran alcanzado a disparar tendría de qué acusarlos —agregó sin darse cuenta de lo que decía.

No dijo nada de mi aspecto. Yo estaba deshecho, y si López fuera mala persona, se habría aprovechado. Ahí se ven los caballeros, cuando no sacan ventaja, pudiendo hacerlo. Si la situación hubiera sido a la inversa, seguro que yo le decía algo. Salgo del baño, estuve unos treinta minutos bajo el agua caliente para distenderme. Voy a tener que irme, salir de este barrio. Quizás hasta me trasladen de ciudad, me manden a Puerto Montt, a Punta Arenas, hasta que todo pase. No se puede vivir así con este nervio. Uno es tira pero no es de fierro. El instinto de sobrevivencia es muy fuerte. Es el propio cadáver que lucha por seguir con vida, no es cobardía, es el nervio que uno no maneja. Busco en mi ropa sucia. Mierda. La cajetilla está mojada y arrugada en el bolsillo del pantalón. No tengo cigarros y no voy a salir de nuevo. Comienzo a revisar los cajones. Encima de los muebles. Las juntas de los sillones. La basura, por los restos del cenicero. El clóset. Los bolsillos de las casacas colgadas. Los bolsillos de los pantalones. Hasta que doy con una cajetilla de Belmont rojo en la chaqueta del terno de verano viejo. Belmont de los antiguos, con otro diseño en la cajetilla. Son de cuando fumaba antes. Están secos, van a saber un poco picantes, pero hay suficientes para pasar la noche. Voy a la cocina. Prendo el gas con un encendedor al que solo le queda la chispa. Me acerco un poco ansioso al fuego con el cigarro en la boca. Se me chamuscan algunas pestañas. Me incorporo. Exhalo despacio y me voy reconfortando. Miro por la ventana. Al frente, la madre joven, delgadita, está mudando a su hijo. Me quedo mirándola. Ahora está sola, igual que yo. Le limpia con cuidado el ombligo. No sé si

quiero tener un hijo. No sé si con Marina. No sé qué voy a decirle cuando me llame, si es que lo hace. Estoy en esto cuando suena el teléfono. Debe de ser ella. Lo mejor es no tocar el tema. Seguro que tampoco insiste. Tomo el aparato, no es Marina. Es Albano, el abogado.

—Me dieron su recado, Quiñones. —Suena molesto. No me deja responder, se larga a hablar de corrido—: Quiero negociar, pero ahora. Esto no se puede dilatar más. Usted sabe... —Yo no sé nada de nada y el abogado me toma por sorpresa. Lo mejor en estos casos es poner la oreja y cerrar el pico—. No se haga el sordo, Quiñones. No nos veamos la suerte entre gitanos. Usted está defendiendo a la persona equivocada. Lo espero en mi oficina, Bombero Salas, trece cincuenta y dos. Le doy quince minutos para estar aquí, si no, aténgase a las consecuencias.

Cortó. Yo me siento en la cama y quedo a la deriva. Quizás Albano estaba borracho, es lo más probable, pero no tanto como para hablar incoherencias. El supone que yo sé algo, y yo no sé lo que él supone. Aunque estoy cansado como perro, saco del clóset una camisa blanca. Me la abotono, me pongo la sobaquera, reviso que mi pistola esté cargada, la guardo en su funda. No anoto nada, me quedó grabado. Bombero Salas, trece cincuenta y dos.

21

Una vez, en Valparaíso me perdí. Fue a la vuelta de comprar pan. Pasaron unos niños arrastrando un muñeco de Judas. En cierta fecha, en el puerto, la gente fabrica muñecos de Judas para colgarlos como en una horca y prenderles fuego. Es para vengar la traición a Cristo. Cuando vi pasar a los niños, me asusté. El muñeco era de tamaño real y tenía ropa. Lo arrastraban por la calle mientras lo pateaban y escupían. La gente se reía a su paso. Yo los seguí varias cuadras hasta que me cercioré de que, en efecto, era un muñeco. Cuando quise devolverme, no sabía cómo. Me puse a caminar. Subí y bajé escaleras. Por horas. Aunque estaba perdido, todo el tiempo caminaba como si supiera adonde iba. Nunca me detuve en una esquina, dudando de si era para allá o para acá, porque no quería que nadie se diera cuenta de que estaba perdido. Cuando por fin, después de muchas vueltas, logré dar con la calle, corrí hasta llegar a la pensión. Mi papá estaba en la puerta, preocupado. Yo lo abracé llorando. Pensaba que me iba a retar, pero no, me dijo que entrara, que estaba refrescando. Así era mi papá, nunca me retaba.

Tenía una paciencia infinita, nunca una mala cara. Es que uno es de una manera y no hay quien lo cambie. Con ese papá que tuve, ¿cómo voy a entender ahora que mi mamá se haya casado con el caballero malaspulgas con que se casó? Jamás. Cada uno es como es. Tantos años después, yo sigo siendo el mismo. No me gusta que sepan que estoy perdido, por eso actúo como si supiera lo que estoy haciendo, cuando en verdad no entiendo nada. Quizás Clint Eastwood hace lo mismo y cuando está mirando con esa cara como diciendo «lo sé todo», en el fondo está pensando «no entiendo nada». Eso me pasa ahora con el abogado. Tengo que hacerme el que sé lo que no sé. La oficina es un cuartucho que arrienda en una calle a un costado de La Moneda. El desorden es tremendo. Carpetas y papeles por todos lados. El escritorio está enchapado en eucaliptus y tiene una cubierta de vidrio grueso. Debajo pueden verse fotos demasiado viejas de una familia demasiado lejana. Él está sentado en una silla alta de cuero que rechina cada vez que se mueve un poco. La oficina es mínima, pero igual metió a la fuerza un antiguo sofá de cuero que más de alguna vez tiene que haber sido su cama. Me sirve un *whisky* sin hielo en un vaso de plástico. No hacemos salud. Él se toma su porción de un trago, y yo voy más lento, empiezo por mojarme los labios. Albano se pasa una mano por el pelo, tratando de componer su peinado. Yo veo cómo la caspa cae sobre sus hombros, sobre la mesa. ¿Cuánta caspa de Albano tendrá la alfombra que cubre de muro a muro este cuartucho inmundo? Me da un poco de asco. Él se sirve otro trago.

—¿Sabes por cuánto vendió Riquelme la casa de la abuela? —es lo primero que me dice.

Nunca me cuestioné mucho el asunto, no les pedí recibo ni nada. No porque confiara en ellos, sino porque sabía que estaba haciendo algo malo. Con lo que me dieran me bastaba, yo no estaba en eso por ambición. Todo el mundo quiere su casa propia, y con mi departamento yo estaba feliz, tampoco quería un palacio.

—Por ciento cincuenta millones. —Yo ni pestañeo, para que no se dé cuenta de que me estoy desayunando—. ¿Cuánto te dio? ¿Veinte millones?

—Veinticuatro —respondo.

—¡Te correspondían cincuenta! —exclama.

—¿Y? —respondo, haciendo como si no me importara. Y la verdad es que no me importa. Albano observa incrédulo. Cierra un poco sus ojos y me mira por una rendija que dejan los párpados, como si estuviera haciendo puntería.

—Te robó —sentencia el abogado.

—¿Y cuánto te llevaste tú, Albano? —le pregunto.

—Cincuenta millones.

—O sea que fuiste cómplice, en el fondo tú también me robaste.

—No hables huevadas, tú sabes cómo era Riquelme, con suerte me dio una parte.

—Yo no sé cómo era Riquelme y tampoco quiero saberlo...

—¡Pero tienes que enterarte! ¡Por eso te lo cuento! ¡Para que te des cuenta!

Todo esto me lo dice enérgicamente, apoyando los brazos sobre el escritorio, sacudiendo la cabeza de lado a lado, esparciendo caspa, y abriendo bien los ojos. Yo mantengo mi cara de póquer, me busco los cigarros en los bolsillos, toco la cajetilla de Belmont. Albano me indica los suyos, que están sobre el escritorio. Unos Derby. De verdad que Albano tiene que estar mal para fumar Derby. ¿Qué habrá hecho con los cincuenta millones? Prefiero mis Belmont secos. Saco uno. Albano empuja su encendedor desechable, que se desliza sobre la mesa. Lo agarro justo antes de que caiga al suelo. Mientras prendo el pucho veo que Albano se toma la manga de la chaqueta con el puño y limpia la superficie de vidrio de la mesa. Es un gesto conocido que hace mecánicamente, pero que no alcanza a remover todos los rastros de su caspa. Abre un cajón y saca una bolsita de plástico que contiene una coca medio amarillenta. Quién sabe con qué mierda estará cortada. Vierte lo suficiente para los dos sobre la mesa. Cierra bien la bolsita y la guarda en el cajón. Saca una pequeña paleta de metal, comienza a molerla y hacer las líneas. Cinco, ¿por qué cinco? Yo noto cómo los restos de caspa se mezclan con el polvo amarillento. Termina de hacer los cinco surcos. Lame la paleta de metal y la guarda en el cajón. Saca ahora un tubito de lápiz Bic que está blanco de tanto uso. Jala una línea por cada orificio de la nariz. Cuando se agacha sobre la mesa me deja ver su cuero cabelludo. Me acuerdo de que a la coca le dicen «la caspa del diablo». El abogado me ofrece el tubito. Yo lo tomo y lo dejo delante de mí en la superficie de vidrio del escritorio. Sigo fumando mi cigarro. Albano se lleva las manos a la nariz y cierra los ojos, como si el polvo le estuviera quemando por dentro. Yo juego con el lápiz Bic. Lo hago girar entre mis dedos. Albano me parece cada vez más un diablo. Un demonio. Giro el Bic en el escritorio. Fumo casi llegando al filtro. Me digo que si el lápiz queda apuntando a la puerta, me levanto y me voy. Si queda apuntando a las líneas de coca, me las jalo con caspa y todo, ganas no me faltan. Giro el Bic, lo suelto. Albano abre los ojos y también mira el lápiz. El Bic gira cada vez más despacio, lentamente, y se detiene. Apunta a la puerta. Apago el cigarro. Rompo mi palabra. Tomo el Bic. Me acerco a las líneas, me jalo una con fuerza. Siento como un chicotazo en

medio de la cabeza, está realmente cortada, chuteada quizás cuántas veces. Dejo el Bic, incapaz de jalarme la otra línea. Albano me sirve otro trago, ahora me lo tomo al seco.

—Tomaste el bando equivocado, Quiñones. Ella es igual a Riquelme, se quiere quedar con todo.

—Yo no tengo bando.

—¡Bien! Entonces ponte de mi lado, cuando la perra cobre le caemos encima y lo repartimos setenta/ treinta. Setenta para mí, porque yo estoy desde el principio en el negocio. —Dice esto, toma el lápiz Bic y jala otra línea.

Después me ofrece el lápiz como si quisiera que firme un contrato de acuerdo. Yo jalo mi segunda línea. Prendo otro cigarro. Me tomo el *whisky*. Albano saca la bolsita y comienza a hacer nuevos surcos. Ya casi no hablamos. Yo me fumo un cigarro detrás de otro, jalo, fumo, tomo del vaso de plástico. El tiempo me parece que transcurre muy lento. Miro la hora dos veces, no ha pasado ni un minuto entre una y otra vez que la vi. Observo la oficina nítida, como si la luz de la miserable lámpara del techo fuera un foco del Estadio Nacional. Pienso muchas cosas a la vez, cada palabra que dice Albano la analizo, la separo en sílabas, la cambio de orden. Fumo. Apago el cigarro, prendo el otro. Siento una aspereza en la garganta, un nudo amargo y agradable. Tomo. Fumo. Albano tira sobre la mesa todo lo que queda en la bolsita, lo junta con la paleta, mezclando caspa y coca. Toma el lápiz, me apunta con él y me dice:

—¿Ya te acostaste con ella? ¿Eso es? ¿Te empotaste?

Creo que todo el tiempo me está hablando de Ema. Creo que Albano y Riquelme iban juntos en este negocio. Creo que Albano pensaba que Riquelme se quedaría con su parte, así como hicieron conmigo, y que por eso lo mató. No él. Albano no es capaz. Un sicario que contrató para hacer el trabajo sucio.

—Ni ese culo ni ninguno vale treinta millones —continúa, con el lápiz en la mano, apuntándome. Luego lo baja y se jala una línea bien gorda. Se agarra la nariz como si hubiese jalado vidrio molido. Deja caer el Bic sobre la mesa, y el lápiz queda dando vueltas, gira, gira, lento, se detiene. Queda indicando la puerta, pero ya es tarde. Estoy como envenenado. Siento que ya bajé dos escalones al Infierno. Tomo el lápiz y jalo fuerte, caspa, coca. Todo—. Dime la verdad, ¿ya te acostaste con ella? —No entiendo esta obsesión por saber si me acosté con ella. Albano se debe de estar imaginando cualquier cosa con mi silencio, pero yo sigo imperturbable. Mi cara de Clint Eastwood no falla mientras no abra la boca. Sirve en los vasos de plástico lo último que queda en la botella. Yo prendo el último cigarro—. Te va a traicionar, como me traicionó a mí, como traicionó a Riquelme, porque eso es, ¡una mujer traicionera!

Albano se toma al seco el *whisky*. Se levanta y va al baño. Deja la puerta medio abierta. Siento el chorro que cae entrecortado, como si le costara mear. La próstata, pienso. Tomo el celular de Albano, que está sobre la mesa. Busco los números marcados. Finalmente doy con uno que dice «Ema». Lo memorizo. Dejo el teléfono. Albano sale del baño. Me parece que no escuché correr el agua del lavamanos, me da un poco de asco pensar en sus manos sucias. Saco mi celular, guardo el número de Ema. No hay para qué disimular, uno siempre está haciendo cosas con su celular.

—Llámalala —me dice, como si supiera que estoy guardando el número—, dile que vayan mañana y, cuando cobren el vale vista, le caemos encima y somos de nuevo millonarios. La dejamos planchada, no se merece un peso.

Prende un Derby y me ofrece el último que queda en el paquete. Lo prendo. Los dos fumamos.
Bajo otro escalón hacia el Infierno.

22

Albano interpretó mal mi recado del bar. Me pasa por dárme las de Clint Eastwood. Pensó que yo estaba enterado de todo y lo estaba amenazando. Llamó a Ema. Ella le confirmó que era mi protegida. ¿Por qué? Quizás era verdad que no tenía a quién acudir y me metió en medio para asustar a Albano. No la puedo culpar. Al contrario, me da gusto. Por lo menos tengo el teléfono de Ema y, aunque quería salir corriendo a llamarla, no estaba tan borrado como para no darme cuenta de que era una equivocación. También quería entender más. Quería saber si Albano mandó matar a Riquelme. Y sobre todo quería darle un balazo a Albano. Dos. Y el primero sería en la guata para que se desangrara con dolor. Pero, en cambio, acepté invitarle a un trago y comprar más de la misma.

—Me la venden aquí cerca, pero me invitas, que estoy planchado —me dijo.

Ya sé qué hizo con los cincuenta millones. Farreárselos. Ir de putas. Jalárselos. Tomárselos, hincharse como sapo hasta quedarse sin nada. Cruzamos la Alameda y nos metimos por el paseo Bulnes. Caminamos callados. Rápido. Serios. Sin frío, a pesar de que los charcos de agua comienzan a congelarse y a emitir un vapor helado. Son las tres treinta de la madrugada cuando llegamos a un puticlub que funciona en el paseo Bulnes. Aunque se siente música, está cerrado. El encargado reconoce a Albano y manda a buscar las llaves del cerrojo. Bajamos al subterráneo. Albano pide una botella de *whisky*. Se nos unen dos de las chicas. La que le toca a Albano está un poco mejor. Tiene unas enormes tetas que le asoman por el escote, y es joven, muy joven, no sé cómo se vería sin maquillaje, quizás demasiado joven. La mía es gordita y baja, pero se ríe todo el tiempo de cualquier estupidez. Las invitamos a dos tragos. Le paso mi tarjeta. La gordita va y vuelve con los vasos, dos cajetillas de Kent y una bolsita de plástico con más coca. Albano la abre y, con mi tarjeta, se pega unas puntas. Yo lo sigo. Tomamos. Otra punta. No sé cómo, pero ya la botella va en la mitad. Albano se mete con su chica tras una cortina en un pequeño privado. La gordita pone su mano sobre mi sexo y masajea. Yo prendo otro Kent.

—¿Se sabe el chiste? —me dice, mostrándome los cigarros—. ¿Quién te mandó a comprar ken/te mandó a comprar ken/te mandó a comprar ken...? —Y se ríe.

Vamos detrás de una de las cortinas y entramos a un pequeño cubículo que apenas tiene privacidad. Me siento en una especie de silloncito. A pesar de la poca luz, siento la suciedad que hay en el lugar. La gordita cierra la cortina, no del todo. Queda una abertura por donde miro hacia la sala. Me abre el cierre. Se ríe. A mí no se me para, aunque la situación me calienta. Pero me

calienta la cabeza. No se me para. Ella se lleva mi sexo a su boca. Se siente tibio. Si la miro, menos me caliento. La dejo hacer lo que sabe mientras miro por la abertura de la cortina, buscando alguna otra putita que me motive. Advierto que el dueño trae a una chica del brazo. Se la lleva a un cliente. Él la examina. Los dos hombres comentan. La miro bien. Es muy joven. Es demasiado joven para estar en este antro. El cliente la palpa, la sobajea. Ella se deja. El dueño le acaricia el pelo. Algo le dicen. Ella se levanta la blusa, le muestra sus tetas. Son pequeñas tetas, como de perra parida. Me saco a la gorda de encima. Se ríe. Me arreglo los pantalones y salgo. Voy derecho hasta donde están los dos tipos. Me llevo la mano a la pistola. Siento la coca en mi garganta. Me calmo un poco o los mato a todos. Respiro. Saco mi tifa. Se la pongo en los ojos al dueño.

—¡Los documentos de la menor! —grito.

El dueño se pone pálido. El cliente se levanta, toma sus cosas, va a salir. Desenfundo y le pongo la pistola en la frente con un movimiento rápido. Siento algo que se abre en mi herida, pero no me duele. Me siento bien. Me siento bien. Me siento bien. Me siento muy bien. El tipo está asustado.

—¡Los documentos de la niña! —grito de nuevo.

El dueño me lleva a la trastienda. Ella se pone a llorar cuando la agarro del brazo. Vamos a un cuartucho con varios *lockers*, sillas, un espejo de cuerpo entero, un baño sin puerta. El dueño me pide que me calme. Le pongo la pistola en la guata. A él también le daría dos balazos. El dueño me dice que podemos arreglarlo. Se mete la mano en el bolsillo. Saca billetes. De mil. De diez. De veinte. Me los va pasando...

—Podemos arreglarlo —no para de decirme.

La niña llora, le pido su bolso. Me pasa una mochilita rosada con dibujos, una mochilita de niña. Aspiro fuerte. Siento un nudo de coca en mi frente, entre los ojos. Me siento bien. Me siento grande. Me siento tan bien. Quiero dispararle a este gusano. Reviso la mochilita, encuentro un carné, es peruana y no tiene ni diecisiete años.

—Podemos arreglarlo —insiste.

Yo voy a dispararle, voy a meterle una bala por el culo si no se calla.

—¡Quiñones! —me detiene Albano—. ¡Qué huevada estás haciendo!

La niña llora. Yo agarro la plata, me la meto en los bolsillos. Los billetes se me caen. Los recojo. Los amenazo a todos con la pistola, también a Albano. A él sería el primero a quien mataría. Yo soy del otro bando. Yo estoy del lado de Ema. Tomo del brazo a la niña. Salgo. Afuera son las ocho de la mañana y el sol me quema los ojos. ¿Cuándo se hizo de día? Camino chocando con la gente que va rápido por Bulnes. Van recién duchados. Despiertos. No quieren llegar tarde a sus trabajos. Ella gime. No puedo avanzar mucho. Llego solo hasta la esquina. Se me vino la noche encima. Siento una puntada fuerte en la boca del estómago. No me duele, me quema.

Agarro la mochilita. Meto adentro todos los billetes, tiene que haber unas doscientas lucas. Se la doy a la niña.

—Andate —le digo—. Andate lejos.

Ella toma su mochila, da un pasito atrás, otro, otro. Se gira y corre hasta la puerta del local. La veo meterse en el subterráneo. Yo me agarro de un poste para no caerme. Me siento mal. Me siento mal. Me siento muy mal. Mal. Me siento morir. Estoy en el Infierno en medio del paseo Bulnes. Vómito.

23

Cuando abro los ojos son las cinco en punto de la tarde. Estoy tirado en mi cama. Me duele mucho el brazo. Tengo la camisa manchada de sangre a la altura de la herida. Seguro que se me salió un punto. Me siento en la cama. Me da una fuerte puntada en las sienes. Me quedo sentado en la cama agarrándome la cabeza. Tengo un sabor de mierda en la boca. Me duele la garganta. Abro los ojos. Miro por la ventana. El cielo está negro, tapado de nubes. Ya casi se está haciendo de noche y son recién las cinco cero cinco. Eso me angustia. Me acuesto de nuevo. Cierro los ojos y trato de seguir durmiendo. Se me vienen imágenes dispersas de la noche anterior. Algunas me dan vergüenza. Yo vomitando de rodillas en el paseo Bulnes. La putita gorda me chupa el pico, pero a mí no se me para. Yo paseándome con la pistola en el puticlub apuntando a todo el mundo. La pendejita que prefirió volver a meterse en el hoyo. No puedo dormir con esta angustia. Me duele todo. Quiero ver a Marina. Quiero que me consuele. Me palpitan las sienes. Me palpita la herida del brazo. Me dan ganas de fumar, me levanto. Me quedan tres Kent en la cajetilla. Me saco la camisa.

Tengo una costra que sangra, no se ve bonita. Me pongo un Kent en la boca. Voy al baño. Saco confort. Le pongo Old Spice a la herida. Arde la mierda. Voy a la cocina. Prendo el gas con la chispa del encendedor. Me chamusco las pestañas cuando prendo el cigarro. Aspiro. Toso. Me doblo tosiendo. Escupo en el lavaplatos. Me palpita la herida del brazo. Me aprieto el confort con Old Spice. Miro por la ventana. La mamita está mudando a la guagua. Siempre la pillo ahí, con la criatura. Le limpia el ombligo con un algodón con povidona. ¿Y a mí quién me va a curar mi herida? Me vuelve la angustia. Me siento en el banquito de la cocina. Estoy llorando. Hace tanto que no lloraba. Estoy llorando por todas esas veces que no lloré. Afuera ya se hizo de noche y no son ni las seis.

No creo que exista el bien y el mal, pero sí creo que en el mundo hay dos bandos. Yo estoy en uno, Albano en otro. No importa la profesión, el partido político, la religión o la clase social. En cualquier caso, hay gente de un bando o del otro. Y uno sabe de qué lado está. Yo soy del bando del que era mi papá. El caballero con que está mi mamá es del otro bando. Yo estoy en el bando de García, que es un buen tipo. El del Mitsubishi es del otro bando. La putita que se reía es como de mi bando, hasta quizás Baltasar era de mi bando, cómo saberlo. López debe de ser del mío, creo. La mamita del frente es de mi bando, Marina es entera de mi bando. Ema Marín es de mi bando, se nota. Cuando la llamé, me dijo: «Estaba esperando hablar contigo», directa, al grano. Cualquiera otra se daba una vuelta, hacía como que no se acordaba. Quedamos de vernos en el centro, en una relojería. La llevo esperando quince minutos. La relojería es pequeña y ya no me queda qué vitrinear. Siento que el dueño comienza a ponerse nervioso. Decido probarme un reloj para darle algún sentido a mi permanencia. Cuando me saco mi reloj para ponerme el otro, me siento como la mierda. Es que este Citizen me lo regaló Marina. Era de su viejo. Es antiguo, con cronómetro y dos manecillas en el borde superior. Ya no se ven mucho. Ella lo mandó a reparar especialmente para dármelo. A mí me gustan los cronómetros, no sé por qué. Me gusta sobre todo cuando los vuelvo a cero. Es como retroceder el tiempo quizás. Es como decir que todo puede empezar de nuevo, no importa qué cagada se haya mandado uno antes. «Bonito», dice el vendedor refiriéndose al Citizen. A Marina no la he vuelto a llamar. Ella tampoco. Es raro. No sé quién está probando a quién. Tal vez ella se dio cuenta de que a mí me gusta otra mujer y dio un paso al lado. Si es así, en el fondo no le gustará tanto. O es muy orgullosa. Yo a Marina la quiero. Y la extraño. Pero también quiero probar otras mujeres y no quiero comprometerme a ser fiel. Tampoco le pido a ella que lo sea, con tal de que no me lo refriegue en los ojos, que para nadie es agradable. Todo esto lo tengo claro, pero no dejo de sentirme pésimo cuando me pruebo el Seiko 5 automático. «¿Cuánto cuesta?», le pregunto. Cincuenta mil. Ni una posibilidad, estoy totalmente sobregirado. Pensar que con lo que me gasté en el puticlub el otro día me compraba cinco relojes. Lo peor es que no disfruté nada. Desde entonces que no veo a Albano y ya le avisé a López que ahora soy yo el que me hago cargo de mi defensa. No confío en el abogado, estoy seguro de que él mandó matar a Riquelme. Y, más que nada, por eso quiero juntarme con Ema. No me interesa el negocio en el que están metidos. No me interesa la plata ni pienso participar de ninguna manera. Pero me da rabia que Albano quiera aprovecharse y sacarla del camino. Sobre todo, me da rabia porque yo

soy del otro bando.

25

Gime, como si la estuviera castigando. Tiene los ojos medios cerrados, medios abiertos. No mira a ningún lado en especial y cuando lo hace siento que no me ve. Gime, se lleva un dedo a la boca. Gime, como un animalito. Me deja que le haga lo que yo quiera. Se entrega por completo. Como si perdiera toda la voluntad y se convirtiera en una esclava. Tiene la piel blanca, gime. Me excita verla así, tan diferente a cuando apareció en la relojería, tan diferente a cuando nos tomamos el café. A cuando transamos el precio de mis servicios. Se queja. Me da miedo que le esté doliendo, entonces trato de salirme, pero me empuja hacia adentro y se sigue quejando. Es su manera de gozar. Me siento como si la violara. Ella se vuelve como una niña, gime, se lleva el dedo chico a la boca. Lo mordisquea con sus paletas chuecas, una adelante de la otra. Yo estoy muy excitado. Me salgo, le doy vuelta, le abro las piernas a tope, se lo meto por atrás. Gime a rabiar, yo entro y salgo con brutalidad. Acabo.

Me quedo tendido sobre ella, sofocándola, hasta que se me va achicando y se sale. Me voy a un lado. Ella se levanta sin decir palabra, se va al baño. Yo prendo un cigarro, tomo otro sorbo del pisco sour de gentileza. Está ácido y tibio, lo dejo a un lado. Fumo. En el baño se escucha el agua. Ema sale del baño y se tiende a mi lado. Me abraza, pasa su pierna sobre mi guata, me quita el cigarro de la boca. Fuma. Me pasa el cigarro. Yo boto la ceniza.

—Con esto date por pagado, me rompiste el culo. —Ahí recién volvió a ser ella.

—Perdona, estaba muy caliente —le digo tratando de excusarme.

—Nada de perdona, te quisiera ver a ti si te lo metieran por detrás.

—Pensé que te gustaba.

—Sí me gustó, pero no cuesta nada preguntar.

Es verdad, no cuesta nada. La vida está llena de cosas gratis que nadie quiere.

Tiene unos pezones diminutos y planos, al contrario de Marina, que lleva como dos chupetes sobre sus senos.

—¿Verdad que me seguías porque te gusté?

—No, me pareciste sospechosa.

—¿Sospechosa?

—Estabas demasiado contenta, eso es sospechoso.

No le dije lo de su trasero marcado sobre la falda gris del uniforme de vendedora y la luz del sol tibio del invierno. No quería que se creyera tanto.

—A mí me gustaste al tiro.

—¿Cuándo?

—Cuando te vi en el hospital, con la batita y sin calzoncillos. Me daban ganas de meter la mano por debajo.

Y vuelvo a sentirme mal. Es que se me vino de golpe la imagen de Marina metiendo su mano debajo de la sábana. Ema se da cuenta de que algo está pasando en mi cabeza.

—¿Tienes novia?

—¿Tú?

—¿Yo? No.

—Yo tampoco.

Y no es mentira, con Marina no somos novios. Y no es la primera vez que me acuesto con alguien mientras andamos. Pero no sé por qué esta vez lo siento más. Yo creo que es porque nunca más me llamó. Porque siento que está enojada esperando que yo la llame. Me pongo silencioso pensando en todo esto.

—Eres raro —me dice Ema.

Y tiene razón. Ella me descubre, sí, soy raro. Estoy todo el tiempo pensando cosas. Siguiendo gente en la calle. A veces quiero matar a todos, otros días no quiero matar a nadie. Soy tira, pero no como los otros tiras, y nadie más que ella se da cuenta.

—Todos somos raros —atino a decir.

Ella me encuentra la razón. Me saca la pierna de encima de la guata. Se acuesta a mi lado. Lleva la mano a su sexo y comienza a manosearse. Primero despacio y después con movimientos cortos y rápidos. Nunca me había tocado algo así, que una mujer se masturbe a mi lado y además justo después de habernos acostado. Primero me siento ridículo, como que sobro en la foto. Después comienzo a calentarme. A ella se le pierde la mirada, se lleva el dedo chico a la boca y gime como si la estuvieran castigando. Se me comienza a hinchar de sangre la cuestión y yo también comienzo a masturbarme a su lado. Nada qué decir, somos los dos raros.

26

Cobramos el vale vista sin problemas. No sé si solo era paranoia, o los matones que pudo haber contratado Albano se amedrentaron con mi presencia. Ahora vamos en el taxi, ella lleva treinta y cinco millones en su cartera. A mí me va a pagar un millón trescientos mil pesos por protegerla, igual es plata. Cualquiera otro podría aprovecharse. Meterle la pistola entre las costillas y quitarle el bolso. Bajar del taxi, correr, perderse en la calle. Yo no soy así. Yo soy de su bando.

—¿Cuánto me cobra por llevarnos a Viña? —pregunta.

Así es Ema, hace lo primero que se le pasa por la cabeza. El taxista fija la tarifa en treinta y cinco mil. «Los peajes y los tags los paga usted», le dice. Y nos metemos en la Costanera Norte. El conductor nos deja fumar en el auto siempre que abramos las ventanas. Nos cagamos de frío y nos fumamos un par de puchos. Suena mi teléfono. Es Marina. No contesto, lo dejo sonar hasta que se apaga solo. Ema no pregunta, tira la colilla fuera, cierra la ventana, me agarra del brazo y se acurruca a mi lado.

Dos llamadas más recibí en el viaje. Una era de López, que quería saber dónde estaba.

—Camino a Viña —le dije.

A él le pareció apropiado el viaje en mi situación. Me adelantó que seguramente me mandaban a Buenos Aires la otra semana. Una misión de colaboración con la Policía Federal Argentina.

—Para que le pierdan la pista. —Me repitió como tres veces que me cuidara, y me citó para el miércoles a las ocho y media en el cuartel—. Ya está bueno que cerremos su caso.

Esta vez no sonaba amenazador. Yo creo que se compadeció de mí cuando me recogió del suelo, meado y tiritando. La otra llamada fue de un número desconocido. Contesté, pero nadie me respondió. Antes de cortar, creí sentir al otro lado de la línea la respiración pesada de Albano, y me vino a la mente su aliento descompuesto.

El día en Viña estaba brillante, pero no es suficiente para quitarme la inquietud que me provocó esa última llamada. Ema, en cambio, no parece preocuparse de nada. Quizás confía en mí más de lo que merezco. Y su única preocupación es no soltar la cartera. La tiene bien apretada contra su cuerpo mientras mete fichas a las máquinas tragamonedas del casino. Yo la miro desde la barra del bar. Cumpló mi trabajo, como un perro. La cuido. No la pierdo de vista. Vigilo las entradas. Analizo a los otros jugadores, descarto peligros, me tomo otro sorbo de mi *gin-tonic*, me vuelve a sonar el celular, es Marina. Lo dejo sonar. El que atiende la barra observa que no contesto. Que no se meta. Aunque en el hospital tuve tiempo y le cambié la melodía, esta que puse también suena estúpida y molesta. El teléfono para en mitad de un *ring*. No le contesto, porque no sé qué decir y no me gusta mentirle. No digo que no le haya mentido antes, pero no me gusta. Ema gana. La máquina prende una luz y comienza a escupir fichas. Todos en la sala la miran. Ella salta de alegría con su cartera bien agarrada. Toma un pote de plástico que tienen para eso y comienza a llenarlo de fichas. Yo la miro, la recuerdo tendida en la cama, desnuda, y me excito un poco al verla con ropa y saber cómo es desnuda. Ella me mira y parece que sabe cómo la estoy mirando porque me tira un beso calentón. Cuando llega a la barra le digo que vayamos a un hotel, me dice que no sea caliente. Se va hacia las mesas y yo me siento un poco ridículo. Quizás Albano adivinó y de verdad que estoy empotado. Me pido otro *gin* y la sigo. Cuando la encuentro, está perdiendo fichas en la ruleta. Se toma un trago de mi vaso y me mira extrañada.

—¿Qué es?

—*Gin* con tónica —le contesto.

—Qué asco, ¿me traes un Jack Daniel's?

No me importa que no le guste mi *gin*, pero habiendo mozos, encuentro que yo no estoy para los mandados.

—Le trae un Jack Daniel's a la señorita —le digo al primer mozo que pasa por ahí.

—Gracias —me dice Ema sin notar la diferencia en que sea yo o el mozo el que vaya a buscar su trago.

Me vuelvo a sentir ridículo y fuera de lugar. Yo nunca había estado en un casino, la verdad es que no me atrae el juego.

—¿Te vas a quedar mucho rato? —le pregunto justo cuando la bolita se posa en un número que no es el suyo y el rastrillito se lleva sus fichas.

—Si quieres, te vas —me dice. Agarra un montón de sus fichas, las cuenta y me las pasa—. Aquí hay un millón trescientos, cámbialas en la caja.

Me quedo con las fichas en la mano mientras ella hace otra apuesta. No sé qué decirle. Llega el mozo con su trago. «Gracias», le dice ella, en el mismo tono en que me da las gracias a mí, y eso no me gusta. Canjeo las fichas, me voy sin despedirme. Afuera es media tarde y sigue habiendo sol, pero no calienta nada. Prendo un pucho y camino rápido con las manos en los bolsillos para entrar en calor. Cruzo la calle corriendo entre los autos. Con este frío siempre me duele la herida. Camino más rápido, hacia una dirección imaginaria, como cuando estoy perdido. Voy bordeando el mar todo lo que se puede.

A veces solo hay edificios. Tengo la plata repartida en diferentes bolsillos para que no me haga tanto bulto. Lo primero que voy a hacer es pagar la tarjeta. El gasto del puticlub. No me gusta tener deudas, menos de ese tipo. La marcha me hace entrar en calor, voy bajando el ritmo. Me meto en una feria artesanal que está a orilla de la playa. Me dan ganas de comprarle algo a Marina. Unos aros. Algo. Llegar mañana. Llamarla. Darle su regalo, no explicar nada. Voy mirando y pensando en ella. Hay guantes de lana. Anillos. Collares. Velas. Perfumes. Son todas cosas que uno no puede saber si le gustan o no. Hay un puesto que tiene tarjetas de cartón con una tapa de cobre repujado donde está grabada una figura. Adentro tienen poemas. Voy leyéndolas una a una. Ninguna me parece muy conveniente.

—¿Busca un regalo, amigo? —me pregunta el *hippie* que atiende el local.

En ese mismo momento está trabajando en una tarjeta, que deja a un lado para atenderme. No sé por qué hablo con él. Quizás en otro momento hubiese pasado de largo, pero estoy medio raro después de todo lo que ha ocurrido.

—Sí —le respondo.

—¿Como para quién?

—Una amiga...

—¿Amiga con ventaja?

—Sí, amiga con ventaja.

—¿Para pedir perdón o para pedir permiso?

—Perdón, creo.

—Siempre es mejor pedir perdón que pedir permiso, mira esta. —Me pasa una tarjeta que tiene a Pablo Neruda dibujado en el cobre. Suena mi teléfono, es Ema. Contesto.

—¿Te fuiste?

—Sí.

—Ven, vamos a un hotel. Estoy afuera del casino y hace frío.

Compro la tarjeta, ni siquiera la leo, se sabe que Neruda es buen poeta. Me la guardo en el bolsillo. Paro un taxi y me voy a buscar a Ema.

Albano tenía razón, lo sabía antes de que sucediera. Estoy completamente empotado.

28

Nos tomamos no sé cuántas botellas, comimos muchos mariscos. Ema les dio a los músicos una propina de treinta mil pesos. Parece que nunca antes en su vida les habían dado tanto porque no se callaron en el resto de la cena. Postre, café, dos bajativos y ahora en el hotel yo no puedo achuntarle a la llave de la pieza porque Ema me besa con furia, se refriega contra mí, me agarra todo. Abro por fin la puerta. Caemos de inmediato al suelo. Nos desvestimos sin cuidado. Saltan los botones. Ella se mete de cabeza entre mis piernas y me lo chupa como solo he visto en las películas porno. Se lo traga entero aguantándose las arcadas. Llegamos reptando hasta la cama. Cuando se lo meto, ella da unos grititos cortos, parece un delfín, se lleva las manos a la cara como protegiéndose y yo me siento de nuevo como si la estuviera violando. No me acostumbro, me da miedo, trato de salirme, pero me agarra y me acerca a ella. Gime, tiene la mirada perdida, se lleva un dedo a sus dientes chuecos y gime como si fuera una niña. Yo le doy con todo. Como estoy borracho me vuelvo más bruto que la otra vez y entro y salgo con fuerza. La agarro del cuello con una mano, con la otra aprieto los huesos de sus caderas contra el colchón y entro y salgo con violencia. Me araña la espalda, me golpea el pecho, me pasa a llevar la costra del brazo, me duele, la suelto y doy un grito. Ella me empuja y me hace salirme. Quizás la estaba estrangulando. «Perdón», le digo, acordándome de que es mejor pedir perdón que pedir permiso. Pero ella sigue con la mirada perdida, se da vuelta en la cama, se acuesta de guata. Se toma los glúteos y se los abre con fuerza ofreciéndose. Yo estoy más excitado que nunca, me meto por detrás y, ciego como ella, también me voy de este mundo.

29

Pisé caca de perro, qué tontera. Igual que cuando chico. Me siento en la escalera y me limpio el zapato con una ramita que corté de un jardín. La suela de goma tiene miles de recovecos y tengo que meter la ramita en cada uno y seguir el surco. A veces se me arranca la ramita y me ensucio los dedos con caca de perro. Siempre me pasa lo mismo en Valparaíso. Arrastro la suela por el suelo para sacarle los últimos restos y sigo subiendo las escaleras. Ema está en el casino. Yo ya no aguanto el casino. Le pregunté qué iba a hacer con la plata, me dijo que se iba a hacer de nuevo. Se va a poner tetas, se va a arreglar los dientes. Le dije que no lo hiciera, que era bonita así, pero ella se encuentra fea. Desapareció entre las máquinas, yo me tomé el metrotrén y me vine al cementerio a ver a mi papá. Es raro lo que me pasa con Ema. A ratos se convierte en lo único que hay en el mundo y otras veces no quiero verla más. No sé si me pasa porque soy raro, como ella me dijo, o ella es más rara que yo y entonces me confunde. Por eso, más que venir a ver a mi papá, que hoy no me tocaba, vine a despejarme un poco la cabeza de todas estas leseras que estoy pensando. Subiendo me dio calor y, cuando voy entrando al cementerio, siento ese frío que viene de dentro, un frío de tumbas que me refresca y me gusta, porque ya estaba empezando a transpirar. Voy dando la vuelta por los caminitos, mirando de vez en cuando el mar que logra asomarse, sintiendo el frío y vaciando la cabeza de tanto enredo con que se ha llenado en estos días. Entonces me quedo quieto y el cuerpo se me enfría de golpe, porque delante de la tumba del viejo hay una mujer que limpia las malezas. Las arranca para que no crezcan. Tiene los maceteros a un lado y se ve que ya los regó. Los va poniendo uno a uno alrededor de la tumba hasta que quedan como cuando yo la visito. Todo limpio y ordenado. La mujer me sigue dando la espalda, pero ya sé que no es mi mamá. Es más baja, más entrada en carne. Tiene el pelo teñido de un rubio cafésoso mal cuidado que deja ver las raíces blancas en la partidura del medio. Ahora se persigna, como despidiéndose. Toma las malezas que arrancó y las tira a la tumba de al lado, se gira y camina por el sendero hacia la salida, hacia mí. Es una señora hartito mayor que mi mamá, viene rezongando y cojeando levemente de un pie. Tiene una cara amarga que da miedo, como si estuviera enojada por algo. A mí como que no me ve, pasa a mi lado y alcanzo a escuchar que dice: «Viejo de mierda, viejo cagado».

Soy incapaz de decirle algo, pero me hiere, más que un balazo. La sigo mirando mientras se va yendo, siempre rezongando. Cuando pasa junto a un sepulturero viejo que va con una carretilla, se detiene a hablar algo. Saca un pañuelo de la manga, lo desanuda y me parece que saca unas

monedas que le da al viejo. Él le agradece. La vieja retoma su camino a la salida. El sepulturero se acerca con su carretilla a la tumba.

—Buenos días. —La gente en provincia siempre te saluda, no es como en Santiago.

—Buenos días —le respondo—. ¿Tiene fuego? —le pregunto sacando un cigarro.

El viejo deja la carretilla y comienza a buscarse en los bolsillos. Le ofrezco un cigarro, que acepta gustoso.

—Saque otro *pa* la oreja —le digo, porque yo sé lo que es ser fumador y no tener. El viejo sonrío y saca otro pucho.

Encuentra los fósforos. Prende uno y lo encierra en una casita que forman sus manos para que no se apague con el viento. Yo me acerco a prender el cigarro. Sus manos son como de piedras, un solo cayo, toda la vida cavando tumbas. Fumamos.

—La señora esa, ¿la conoce? —trato de interrogarlo.

—Inés, la señora Inés. —Cuando habla se siente como un silbido que acompaña sus palabras. Los pulmones perforados por los años de tabaco—. La señora Inés viuda de Quiñones. —Me desayuno. No necesito escuchar más. Pero el sepulturero sigue—: Viene a limpiar la tumba de su esposo, de puro temor a Dios que tiene, porque si fuera por ella no vendría, porque él tenía otra familia en Santiago. El vivaracho le dejó todo a la otra, a la de Santiago. —Se ríe con una sonrisa llena de silbidos.

Voy bajando el cerro.

Me tomo una micro a Playa Ancha.

Estoy en Playa Ancha.

Me acuesto en la arena. El cielo está nublado.

Me gustaría contarle esto a Marina. No sé a quién más podría contárselo. ¿A quién más? Hay veces que uno no tiene a nadie y es terrible cuando pasa eso.

La llamo.

—Hola —le digo.

—Hola. —La noto apurada.

—No podía contestarte —me excuso.

—Tonto, era importante, es un tira amigo tuyo, García, dice que lo llames.

—Ah, bueno, lo llamo al tiro. ¿Tú, cómo estás?

—Bien, pero ahora no puedo hablar, chao. —Corta.

Yo me quedo tendido en la arena, fumando. Saco la tarjeta que le compré a Marina y me la pongo sobre el pecho, debe de decir cosas lindas. Cosas que sirvan en este instante. No la leo, porque no podría, en este momento no podría.

30

Una bola de fuego estalla en el cielo. Todo se ilumina. La bola se divide en miles de chispas que se alejan del centro lentamente flotando en el aire, hasta que cubren todo el espacio visual y el cielo es una cascada de chispas de todos los colores que caen como una lluvia, pero que no alcanza a quemarnos. Detrás de la luz llega el ruido como cuando hay relámpagos, pero es más rápido y, antes de que las chispas se apaguen, otra bola de fuego estalla, se viene encima y se extiende un suspiro asombrado de la gente que está a mi alrededor. Yo estoy agarrado con fuerza de la mano de mi papá y me aprieto bien las piernas, casi estrangulándome la cuestión, para no mearme del nervio, pero sin miedo porque estoy sujetado por esa mano firme, dura como la del enterrador. Nunca me voy a olvidar de los fuegos artificiales del Año Nuevo en Valparaíso. Nunca me voy a olvidar de mi papá. Quién soy yo para juzgarlo. En la vida uno hace tantas leseras sin pensar. Con razón me llevaba de pensión en pensión y nunca me mostró su verdadera casa, sus otros hijos, mis hermanos, su otra mujer, mi madrastra. Es difícil vivir.

Es difícil vivir sin hacerle daño a alguien. Es difícil mantenerse vivo, sobre todo si eres tira y te tienen encargado.

Ahora mismo nos va siguiendo un Subaru Impreza Turbo, no me gusta. García me advirtió de que me cuide. Los Marcelos son una banda que trabajaba con los Guateros. Les transportaban mercadería del puerto a Santiago. Los Marcelos se enteraron de mi presencia en Viña. No sé cómo. Los narcos son como una policía paralela. En ambos bandos hay soplones. Ellos saben lo que hacemos, nosotros sabemos lo que ellos hacen. Somos como vecinos copuchentos, siempre espíándonos. Los Marcelos son igual de jóvenes que los Guateros. De no tener qué comer en las quebradas de Valparaíso, pasaron a manejar autos deportivos. Son locos por los autos. Les gusta correr. Les gustan las carreras clandestinas. Muchos han terminado desbarrancando en las quebradas con sus Mitsubishi robados hechos pedazos. Son nerviosos para apretar el gatillo. Viven rápido y también mueren rápido. Le pido al taxista que dé otra vuelta, que nos vayamos por calles estrechas de manera que no puedan ponerse a nuestro lado. Los del Subaru nos ponen las luces altas. El taxista los mira por el espejo retrovisor y en vez de acelerar baja la velocidad para picarlos. Me mira de lado con un pequeño gesto de soberbia, como diciendo «El que manda aquí soy yo». No sabe la tontera que está haciendo al provocarlos. Ema cuenta la plata que ganó en el casino y no tiene ni idea de lo que está ocurriendo.

Yo tampoco quiero advertirla. No me sirve de nada que se ponga nerviosa. Llegamos a la

esquina. El semáforo está en rojo. Me llevo la mano a la sobaquera. Ema se da cuenta de que me voy nervioso las rodillas. «No hagas así», me dice, y sigue contando. Si uno de ellos se baja ahora del auto, somos blanco fácil. Una ráfaga por la ventana basta. Se bajan dos. Uno por cada puerta trasera del Subaru. Adentro queda solo el chofer. Esto está malo. Vuelvo a mover la pierna. «Ya puh», me insiste Ema. Los que se bajaron no avanzan mucho. Se quedan pegados a su auto moviéndose nerviosos. Son jóvenes, como Baltasar, se visten como él. Tienen zapatillas nuevas. No van a venir a dispararnos aún. Necesitan que el taxi se mueva un poco para después salir arrancando hacia adelante con el Subaru Impresia Turbo que de cero a cien kilómetros por hora tarda tres segundos. Ya sé lo que viene: «Dan la verde, el taxista pone primera, avanza despejando el flanco izquierdo, se nos vienen encima los Marcelos, nos disparan a quemarropa. Yo alcanzo a disparar y quizás herí a uno. Tengo un balazo en medio del pecho que no me deja respirar. A Ema le volaron la tapa de los sesos. Los fusileros se suben al Subaru y se van quemando forro. Tres segundos después van a ciento veinte kilómetros por la costanera». Eso va a pasar si no hago algo. Dan la verde. El taxista pone primera. Los muchachos del Subaru están a punto de saltarnos como gatos. El chofer de los Marcelos intenta rebasarnos por la izquierda, pero aún no tiene espacio. Tomo el freno de mano. Lo tiro hacia mí con toda mi fuerza. El auto se chanta en seco. Ema grita. Se le desparraman todos los billetes. El chofer del Subaru no se lo esperaba y choca con fuerza con la esquina trasera izquierda del taxi. Agarro del pelo a Ema, la empujo contra el piso del auto y me giro mientras saco la pistola de la sobaquera. Ya tengo a uno en mi ventana, le doy dos tiros en pleno rostro. El chofer del Subaru se baja disparando, me lanzo sobre Ema. Siento que siguen disparando mientras se alejan dejando el auto abandonado. Estalla el vidrio del taxi. Una bala pasa silbando y rebota con algo metálico. Ya no hay más disparos. Se acabaron los fuegos artificiales. Siento a Ema respirar bajo el peso de mi cuerpo, como cuando terminamos y yo me quedo en silencio sobre ella, sin moverme más para que no le duela hasta que mi sexo se va achicando y ya no es un arma dolorosa, sino que un simple trapo arrugado. Me incorporo. De a poco. Comienzan a acercarse los curiosos. Ema no se mueve. Me mira desde el piso. Está rodeada de billetes y los ojos se le hundieron de miedo. Le tiritan los labios. Yo le hago un gesto de que no se mueva. No quiero que vea al taxista desparramado en su asiento con el cuerpo luxado por los balazos. Abro la puerta de mi lado. La empujo con fuerza para echar a un lado el cuerpo de uno de los Marcelos que quedó tirado obstruyéndome la puerta. Tomo a Ema despacio, como si recogiera un perro atropellado. Me la llevo en brazos, pasando entre los curiosos que rodean el auto y que ahora comienzan a recoger los billetes que van quedando desparramados. Se meten adentro del auto y los recogen, aunque la sangre del taxista los manche.

31

Estoy haciendo un bolso rápido. Lo esencial. Lo básico. García me ayuda, me trae del baño la máquina de afeitar, el cepillo de dientes, la pasta. Lo meto todo, junto al par de calzoncillos y los calcetines. La polera de la PDI con que duerme Marina, el cargador del celular. Salgo en una hora del aeródromo Tobalaba. Me llevan en un avión hasta Mendoza. «Eso déjalo», me dice García refiriéndose a mi pistola. Me saco la sobaquera, la enrolló sobre la pistola. Voy a la cocina y la escondo debajo del lavaplatos, en el balde de los detergentes. Desde la ventana de la cocina pego una mirada a la pieza del bebé. No hay nadie. Me quedo unos segundos esperando. No sé por qué. Sigo mirando. Unos segundos más. Un minuto. «Vamos», me apura García. Me quieren sacar cuanto antes, no sé si es por salvarme o para que no siga muriendo gente a mi alrededor. Me voy, pero me falta algo. Me siento en el pisito de la cocina. Miro por la ventana. «En serio, vamos», dice García. Es algo que no entiendo. «Una llamada», le digo. García se va al *living* para darme algo de privacidad. Busco el teléfono de Ema en mi celular. Después del tiroteo, ella no me hablaba, no me escuchaba, no me miraba. Pero cuando se sintió a salvo en el hotel, lo primero que hizo fue llamar a Albano. Ella no me dijo con quién hablaba, pero yo revisé su teléfono. No me importa tanto que lo haya llamado. Lo que me molesta son dos cosas. Primero, que no haya tenido la confianza en mí, y segundo, el tono de perra arrepentida que tenía. Como si fuera una niña que se escapó de casa y ahora llama al papá porque se quedó sin plata. Marco. El teléfono suena muchas veces hasta que por fin Ema me contesta.

—¿Santiago?

—Hola.

—¿Dónde estás?

—No importa.

—¿Ya te fuiste? —Ella sabe que me van a sacar del país.

—Ema, necesito saber una cosa, ¿con quién te ibas a encontrar en el motel?

—¿Qué motel?

—Cuando mataron a Riquelme.

—Tú sabes.

—No tengo idea.

—Con nadie.

Y me colgó. O se cortó la señal. Pero yo creo que me cortó. Me quedo sentado. La ventana del

frente sigue vacía. Quiero desocupar así mi cabeza. No pensar.

—¿Listo? —pregunta García desde adentro.

Bajamos por las escaleras. Afuera hay dos escoltas más. Vamos en dos autos.

—García, necesito ver a Albano, por favor. —García es buena gente, no me cuesta mucho convencerlo. Total, después ponemos la baliza y recuperamos el tiempo perdido.

—Cinco minutos —me dice García como única exigencia. No necesito más, cinco minutos, y le voy a cumplir porque García es derecho.

Los autos quedan afuera, yo subo de a dos los escalones del edificio. No me trae buenos recuerdos este pasillo. Golpeo fuerte la puerta. Adentro no se siente nada. ¿Cuánto tiempo llevo de los cinco minutos? Menos de uno. Golpeo de nuevo. La puerta se abre, solo un poco, aparece la cara demacrada de Albano. Sin afeitarse y a medio vestir. En calzoncillos. Mal.

—¿Qué quieres? —pregunta.

—Necesito hablar contigo.

—Andate a la mierda, maricón.

Cierra la puerta de golpe. Siento por dentro que le pone llave y seguro. Me quedarán cuatro minutos. Quisiera tener mi arma en la sobaquera y descerrajar la puerta. Tomo un extintor del pasillo, golpeo la chapa con fuerza. Al tercer golpe se siente un chasquido, la puerta cede. Dejo el extintor a un lado, salto sobre la puerta. A la segunda patada se abre con escándalo. Si tuviera más tiempo volvería mañana, pero me van quedando dos minutos. Albano está acurrucado detrás del escritorio, tiene un abrecartas en la mano y me amenaza débilmente. Tomo un perchero que hay junto a la puerta y se lo lanzo. El perchero gira en el aire, arrastra todo lo que hay sobre el escritorio. Albano alcanza a esconderse tras el mueble. Tomo el escritorio de una esquina y lo muevo hacia atrás. Albano queda al descubierto, como cuando uno levanta una piedra y se encuentra con chanchitos de tierra. Aunque Albano parece más una cucaracha tratando de levantarse con sus patitas flacas y su enorme guata. Le planto una patada en el pecho con toda mi fuerza. Albano se va de espaldas, se queda quieto, pierde la respiración, se pone rojo. Me quedará un minuto. Le pongo la rodilla encima, lo agarro de la camisa. Me da asco agarrarlo del pelo. Lo miro a los ojos.

—¿Quién mató a Riquelme? —le pregunto tranquilamente. No me sigue el ritmo, está atontado. Agarro el abrecartas, le sacaría un ojo, estoy a punto de clavárselo en medio de la frente.

—Nosotros. —Escucho. Me giro. En la puerta del baño está Ema, desnuda de cintura para abajo, no tiene vergüenza, y parece que tampoco tiene miedo. Me mira directo a los ojos, no tiene ganas de llorar, parece sincera—. Albano y yo lo mandamos matar —me dice. Se acabó el tiempo. Me podría haber ahorrado estos cinco minutos.

Cuando uno mira la cordillera de los Andes desde Santiago, no se imagina que detrás de esas cumbres hay otras cumbres. Y hay. Muchas. Cumbres. Planicies. Glaciares. Kilómetros y kilómetros de piedra que sobrevuela el bimotor. Hielo y roca. Todo a mi alrededor hasta donde alcanza la vista. Nada de vida. Frío, viento gélido. Lugares donde nadie ha llegado ni va a llegar en muchos años. Mientras pienso esto, el avión corcovea y me golpeo la nariz contra el vidrio. Cuando uno está en tierra y sube la vista y ve pasar por el cielo estos avioncitos volando tan suave, no se imagina que adentro se mueven como si fuera una micro vieja que va por un camino de tierra. La nariz se me queda dolorida, pero no es lo que más me molesta. Tengo una sensación rara. Nada de lo que se queda en Chile me importa mucho. Ni mi mamá que está con el caballero y que no me contó lo que sabía de mi papá, porque tiene que haberlo sabido. Y quizás cuánta herencia nos dejó el viejo, me da lo mismo la plata, pero me hubiera gustado saber que mi papá también nos ayudaba y que no fue solo con la plata de mi mamá que pudo comprarse la peluquería. Ni tampoco me importa mi departamento que quedó todo desordenado, adonde se van a acumular las cuentas, podrir las cosas del refrigerador, y al frente, la guagua, que va a crecer sin que nadie la mire. Solo siento no haber visto a Marina, aunque antes de subirme al bimotor le pasé la tarjeta de Neruda a García.

—Llévale esto a Marina, por favor. Lo más fácil es que preguntes por ella en el Hospital Salvador, dile que... —Y me quedé en blanco.

—¿Qué le digo? —me pregunta García, que parece ser un mensajero profesional.

—Dile que la tarjeta lo dice todo.

Lo único que se me ocurrió decirle. Aún no he tenido tiempo de leerla, pero como me dijo el *hippie* que servía para pedir perdón, y aunque no sé, en el fondo, por qué nos distanciamos, tal vez sí necesito que me perdone. García me sonrío dándome la seguridad de que va a cumplir su misión. Después me subí al avión, que ya tenía los motores encendidos. Adentro estaba López. Me saludó con un fuerte apretón de manos. Además de incorruptible y eficiente, es aplicado. Él mismo me va a dejar a cargo de la policía federal, adonde voy de intercambio hasta que se calme la cosa.

—¿Todo bien? —me preguntó con su torpeza de siempre.

—No, López, todo mal. —Después le pedí que me tomara una declaración—. Quiero hacer una denuncia.

López sacó su *notebook* y me miró serio tratando de entender mientras se prendía la máquina.

Le conté todo lo que sabía, le expliqué el modo en que Ema y Albano estafaron a varias corredoras de seguro. Le conté cómo Riquelme y Ema trataron de quedarse con la parte de Albano. Hasta que aparecí yo y Ema cambió de opinión. Traicionó a Riquelme y, cuando lo eliminó junto con Albano, me buscó a mí para quedarse con todo el dinero ella sola. Siempre es más barato pagar un sueldo que compartir ganancias. En el fondo, la culpa de todo la tengo yo por seguir a Ema ese día. Por contarle a Riquelme que me gustaba Ema. López me hace firmar un papel en blanco donde después va a imprimir mi denuncia. Toma la radio del avión y, eficiente como es, llama a la central en Santiago para conseguir las órdenes de arresto.

—López, solo le pido una cosa, que García se encargue del caso, es un buen tira, se merece los aplausos.

Y no se lo pido solo por altruismo o agradecimiento, sino porque sé que García va a cubrirme las espaldas y puede hacer desaparecer alguna evidencia que me involucre. Mientras López imparte órdenes por radio, yo me acomodo en mi asiento, desempañó la ventanilla y voy mirando las cumbres de los Andes. Tan duras, tan gélidas, tan sin corazón, como me siento ahora.

Mendoza es agradable. Los colegas argentinos son muy simpáticos y bien desordenados. La primera noche me hicieron una fiesta de bienvenida, terminamos en un puticlub, pero de lujo. Las mujeres, increíbles, ninguna bajaba del metro ochenta. Unos culos que solo se ven en la tele. Yo no me metí con ninguna, me hice el borracho para que no insistieran ni me creyeran maricón. Es que no me siento bien. No tengo ganas de nada. Ni siquiera quiero fumar. Fumé tanto esa primera noche en Argentina que en la mañana no fui capaz de prender un cigarro, me aguanté todo el día y ya llevo tres sin fumar. Quizás hasta lo deje. También me resfrié y me vino una tos pesada, con flema. Siempre pasa cuando uno deja el pucho. Voy a ver si aguanto. Me pasaron una oficinita chica con un computador. No tengo nada que hacer. Me meto en internet todo el día, sigo las noticias de Santiago. Me alegré cuando vi a García en la foto del diario llevando esposado a Albano. García con la frente bien alta, Albano agachando la cabeza y mostrando su cuero cabelludo casposo a la cámara. Ema se les escapó. No me importa, la verdad es que no quería venganza y creo que ella, a pesar de ser mala, también es una víctima. Me enteré por la prensa de que su relación con Albano comenzó cuando ella era menor de edad. ¿Será la niña que todavía esperan en El Rodeo, 425, Puente Alto? Mejor que su mamá y su abuelo ni se enteren. Que la tengan en el recuerdo, porque la niña de ahora se llama diferente y la vida la hizo otra. La hizo del otro bando, aunque a veces no parezca. A mí me da no sé qué haberme acostado con ella ahora que sé que nunca pudo dejar a Albano, que con él también se iba al otro mundo, se perdía con ese viejo casposo. Necesito hacerme el examen del sida. Justo pienso en eso cuando me viene una tos que me hace hasta salir lágrimas. Yo creo que el que quería venganza era Albano. Nunca perdonó a Riquelme por lo de la abuela. Él metió a Ema en esto. Hasta que aparecí yo. Qué lesera haberla encontrado ese día. La culpa de todo la tuvo el operativo en La Legua, cuando maté a Baltasar. Yo andaba tan raro al otro día. Ema era como un imán para mi nube negra. No tenían que haber matado a Riquelme, pero cuando Ema supo que yo existía, se jugó su carta más riesgosa. Le gusta el juego, no hay caso. No puede vivir sin apostar. Lo que me da más asco es que mientras mataban a Riquelme, ella y Albano quizás qué cochinas hacían en la pieza del motel.

Una ventanita en la pantalla me dice que Marina se conectó al Messenger. Hago clic y se me abre la ventana del diálogo. El cursor parpadea, pero yo no sé qué escribir. Dispara ella primero. Voy leyendo letra a letra lo que me va escribiendo.

—Me mataste con la poesía.

No sé si eso es bueno o malo. Opto por no decir nada. El cursor parpadea unos segundos. Un minuto. No quito la vista de la pantalla.

—¿Estás ahí? —me pregunta Marina.

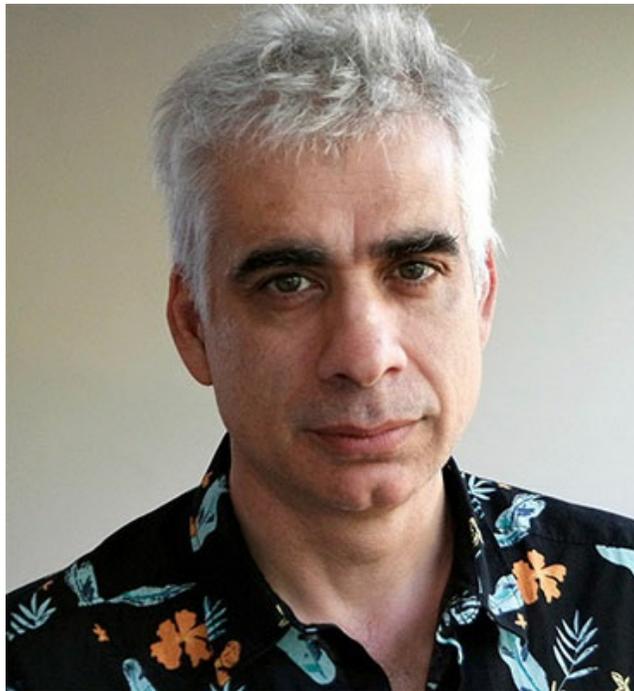
—Sí —me atrevo a decir. Ella responde de inmediato.

—Yo también te amo.

Entonces siento un alivio profundo de no haberme equivocado de poesía. Le escribo sin pensar, de corazón:

—Quiero que tengamos una hija y que sea linda como tú...

Envío el mensaje y me quedo quieto. La embarré. Qué tontera. Pero ya es tarde.



BORIS QUERCIA es actor, director, guionista y escritor. Interpretó a Roberto Parra (hermano de Violeta Parra) en uno de los mayores éxitos del teatro chileno: *La negra Ester*. Es director de *Sexo con amor*, una de las películas más vistas del cine chileno, y de *Los 80*, la serie más premiada de la televisión chilena.

Hoy no quiero matar a nadie (*Santiago Quiñones, tira*, título original) es su primera incursión literaria y marca el nacimiento de su personaje Santiago Quiñones. Con *Perro muerto*, su segunda novela, obtuvo el prestigioso Grand Prix de Littérature Policière el año 2016 en París.

La serie la completa *La sangre no es agua*.